



EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

**CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS, URBANOS
Y AMBIENTALES**

**LA DISOCIACIÓN ENTRE EL INICIO DE LA VIDA SEXUAL Y
LA UNIÓN CONYUGAL EN MÉXICO:
DOS APROXIMACIONES METODOLÓGICAS**

Tesis presentada por

ADRIANA PÉREZ AMADOR

Para optar por el grado de

MAESTRÍA EN DEMOGRAFÍA

Director de Tesis

Dra. Julieta Quilodrán Salgado

A mis padres,
Consuelo y Alfredo.

AGRADECIMIENTOS

Expreso mi agradecimiento a EL Colegio de México por el espacio de aprendizaje, madurez y formación académica. Así mismo, agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por el apoyo económico otorgado durante el programa de maestría.

Gracias a mis compañeros de la generación 2002-2004 y a todos los profesores que fueron parte de nuestra formación, entre ellos menciono con respeto a Manuel Ordorica, Carlos Echarri, Edith Pacheco, Clara Salazar, Francisco Alba, Brígida García, Alejandro Mina y Fátima Juárez. De especial provecho fueron para mí los comentarios de Olga Rojas y Aremis Villalobos.

Por contagiarnos su entusiasmo por la demografía, por la frescura y paciencia con que compartió sus conocimientos y ayudó a convertir nuestros borradores en textos legibles quiero expresar mi agradecimiento y admiración a Silvia Giorguli. Así mismo, quiero agradecer a la Dra. Julieta Quilodrán por orientarme en el estudio del tema de nupcialidad y familia.

Gracias a mis padres y hermanos por su amor y su apoyo. Gracias a Esthela, Víctor y Carlos por su amistad, cariño y compañía. Mi eterno agradecimiento a Fernando Robles por la generosidad y el amor que fueron el pilar para seguir adelante.

LA DISOCIACIÓN ENTRE EL INICIO DE LA VIDA SEXUAL Y LA UNIÓN CONYUGAL EN MÉXICO: DOS APROXIMACIONES METODOLÓGICAS

Resumen

En los países que han completado su transición demográfica se están dando algunas transformaciones en el ámbito de la familia, entre ellas se encuentra el aumento del ejercicio de la sexualidad antes de ingresar a la unión conyugal y la postergación del matrimonio. El objetivo de esta tesis es observar que tan avanzado está el proceso de disociación entre la vida sexual y conyugal de las mujeres y los varones urbanos en México. Así, se intenta construir un aporte empírico que apoye o ponga en evidencia el avance en nuestro país de una de las características de lo que algunos autores han llamado segunda transición demográfica.

Para ello, y haciendo uso de dos técnicas del análisis de supervivencia, se estudia en primer lugar la duración del intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión. Lo anterior nos permite analizar, para mujeres y varones de tres generaciones sucesivas, los cambios en la intensidad y calendario de la unión una vez iniciada la vida sexual. En segundo lugar, se estudia el efecto de algunas variables sobre la edad a la primera unión de las mujeres y los varones. Al comparar las diferencias entre sexo y generación se observa que, al menos en el contexto urbano mexicano, se están presentando, de forma incipiente, algunos rasgos de la segunda transición demográfica, con sus respectivas diferencias de género.

ÍNDICE

Introducción	1
I. La Transición Demográfica en México	4
II. Segunda Transición Demográfica	9
III. Cambios en la formación de parejas conyugales	12
1. La disociación entre la vida sexual y la vida conyugal	14
2. Evolución de la edad a la unión	15
IV. Primera aproximación al estudio de la disociación entre el inicio de la vida sexual y la unión conyugal de mujeres y varones urbanos en México: Tabla de Vida.	18
1. Fuente de datos y población en estudio	19
2. Metodología	32
3. Resultados	34
V. Segunda aproximación al estudio de la disociación entre el inicio de la vida sexual y la unión conyugal de mujeres y varones urbanos en México: Modelo de Riesgos Proporcionales.	40
1. Fuente de datos y población en estudio	40
2. Metodología	41
3. Resultados	46
Conclusiones	50
Apéndice	55
Bibliografía	62

LA DISOCIACIÓN ENTRE EL INICIO DE LA VIDA SEXUAL Y LA UNIÓN CONYUGAL EN MÉXICO: DOS APROXIMACIONES METODOLÓGICAS.

Introducción

La presente tesis trata sobre algunas de las transformaciones que, en países que han completado su transición demográfica, se están dando en cuanto al patrón de formación de familias, como el aumento del ejercicio de la sexualidad antes de ingresar a la unión conyugal y la postergación del matrimonio. Se intenta observar que tan avanzado está el proceso de disociación entre el inicio de la vida sexual y la unión conyugal de las mujeres y los varones urbanos en México, con la finalidad de evidenciar si en nuestro país se presentan algunos rasgos de la segunda transición demográfica.

La demografía se ha ocupado del estudio de los determinantes del tamaño y estructura de la población. Los avances en el campo metodológico y en el uso de instrumental estadístico-matemático para analizar el volumen, crecimiento, composición y distribución geográfica de la población han permitido documentar, a lo largo del tiempo, el comportamiento de los distintos componentes de la dinámica poblacional, como son la fecundidad, la mortalidad y la migración. Pero la demografía no solo se interesa por conocer el número de individuos que conforman una población y como se estructura según algunas características como la edad, el sexo, la actividad económica, o el estado civil; también trata de explicar de manera integral el comportamiento de la población y su vinculación con los fenómenos políticos, económicos y sociales; un enfoque interdisciplinario en la investigación sociodemográfica ha permitido involucrar consideraciones teóricas y fundamentos empíricos para este fin. Así, la demografía no solo intenta explicar los determinantes, de orden socioeconómico, político o cultural, del cambio poblacional, sino también las consecuencias de dicho cambio. De aquí el interés por estudiar algunas de las transformaciones en las pautas de comportamiento individual que se han dado como consecuencia del actual régimen demográfico.

En los países que han completado su transición demográfica, es decir, que han “evolucionado desde niveles altos de fecundidad y mortalidad a una situación de bajos niveles en tales

variables” (Chackiel, 1993), se están dando algunas transformaciones en el ámbito de la familia. Entre ellas se encuentran cambios en la formación de parejas conyugales; el reemplazo del matrimonio por modalidades menos formales de convivencia conyugal; la elevación de nacimientos fuera del matrimonio; así como las disoluciones y segundas nupcias (Quilodrán, 2000). Esta situación ha dado origen a diversas investigaciones demográficas acerca de nuevas pautas de comportamiento de la población, sobre todo con respecto a la familia y el matrimonio. Por ello, hoy pueden encontrarse estudios sobre uniones consensuales, celibato, divorcio y nuevas nupcias, entre otros temas.

Sin embargo, en los estudios sobre nupcialidad en México en pocas ocasiones se ha analizado la nupcialidad masculina. Esto tiene que ver con que anteriormente se empleaba información estadística proveniente de fuentes de datos como los censos y las estadísticas vitales, y más adelante encuestas especializadas en el tema de la fecundidad que se realizaban sólo para las mujeres¹. No obstante, la generación de información en México se ha caracterizado por la incorporación continua de nuevos temas, categorías analíticas, indicadores, variables y actores, que permiten dar cuenta de transformaciones, nuevas realidades y problemáticas sociales que han surgido a la luz de la cambiante dinámica demográfica (Rojas y Lerner, 2001). Un ejemplo del enriquecimiento conceptual que han tenido las encuestas sobre comportamiento reproductivo es la incorporación de la perspectiva de salud reproductiva². Esta "ha contribuido a priorizar el estudio de las instituciones³; las relaciones entre cultura, normas y valores; la ética; los derechos y la ciudadanía; las relaciones de poder; las identidades de género; las acciones y significados

¹ Entre 1976 y 1997 se realizaron diez encuestas sociodemográficas en México, vinculadas con temas sobre planificación familiar, que permitieron dar cuenta del descenso de la fecundidad mexicana y de sus patrones diferenciales según variables socioeconómicas y demográficas (IMSS, 2000a).

² Este enfoque, propuesto en la Conferencia Internacional de Población y Desarrollo en El Cairo en 1994 (CIPD), sugiere una forma diferente de considerar a los individuos, reconociendo sus derechos ciudadanos, de autogestión y el derecho a la elección informada (Murphy y Merrick, 1997). La salud reproductiva, tal y como lo presenta la Organización Mundial de la Salud, se define como la posibilidad de que las personas tengan una vida sexual satisfactoria y segura, que gocen de la plena capacidad para reproducirse, que puedan definir con libertad si quieren reproducirse o no, que puedan decidir cuando y cuan a menudo hacerlo, y que tengan acceso y cuidados de salud apropiados para que el resultado de los embarazos sea la supervivencia de la madre y el hijo (Valdés, 2000: 103). Esta visión holística considera que toda la población debe tener acceso a la información amplia y a una gama completa de servicios de salud asequibles y aceptables (IMSS, 2000c).

³ Para algunos, institución es toda regla, convención o norma que produce efectos de funcionamiento, control o autorregulación de las acciones o comportamientos de grupos e individuos. Otros consideran como institución a todo conjunto social organizado y legitimado jurídica o socialmente. Así, las instituciones son ámbitos sociales, económicos, culturales e ideológicos que coadyuvan en la conformación de valores, normas y prácticas de los individuos, familias y grupos, y que rigen las relaciones entre los seres humanos (Lerner y Quesnel, 1994).

subjetivos; y la autonomía de las personas. En la literatura sobre la dimensión institucional, como explicación del comportamiento reproductivo de la población, existe una perspectiva que privilegia a la familia como el ámbito pertinente para entender el comportamiento reproductivo. En esta visión, las instituciones que entran en juego son el noviazgo, el matrimonio, la iglesia y la escuela (Lerner y Quesnel, 1994). La incorporación de la perspectiva de salud reproductiva ha permitido acercarnos al conocimiento de aspectos relacionados con la reproducción y la sexualidad de distintos grupos de la población, y vincularlos con instituciones como la familia y el matrimonio. Además, ha ampliando el espectro de los actores considerados en estos estudios, incluyendo en ellos a los varones, los jóvenes, los agentes institucionales, y los grupos organizados” (García, 2002). Es así que actualmente contamos con encuestas, como la que se emplea en esta tesis, que proporcionan datos individuales que permiten estudiar el comportamiento de las mujeres y de los varones conjuntamente.

Para mostrar como se ha dado el proceso de disociación entre el inicio de la vida sexual y la unión conyugal de las mujeres y los varones urbanos en México, y con el interés de observar cambios en el tiempo, en un primer momento se estudia el intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión, poniendo atención en las diferencias entre sexo y entre tres generaciones sucesivas. En segundo lugar, se estudia el efecto de algunas variables, como el momento de inicio de la vida sexual, sobre la edad a la primera unión y su efecto diferencial para mujeres y varones. Para esto se emplean dos métodos estadísticos del análisis de supervivencia.

Antes de aproximarse metodológicamente al estudio de la disociación entre el inicio de la sexualidad y la unión conyugal de las mujeres y los varones urbanos en México es necesario revisar el marco de referencia que intenta explicar el surgimiento de este y otros procesos. Por lo tanto, se hace una breve reseña de la transición demográfica en México. Más adelante se señalan las características de lo que se conoce como segunda transición demográfica y en seguida se mencionan algunos cambios en la formación de parejas conyugales, poniendo mayor atención en la disociación entre el inicio de la sexualidad y la unión conyugal y en el incremento de la edad al matrimonio.

I. La Transición Demográfica en México

Una de las características de la investigación demográfica es la búsqueda de patrones o eventos regulares. La Teoría de la transición demográfica se deriva de la experiencia histórica a partir de la observación de la evolución demográfica de los países del hemisferio occidental. Con base en estas observaciones se ha encontrado que en general las poblaciones transitan por etapas bien definidas. La primera fase, llamada transición incipiente, se ubica cuando las poblaciones tenían altos niveles de mortalidad y fecundidad, se le conoce como etapa estacionaria (Valdés, 2000) debido al equilibrio entre los altos niveles de fecundidad y mortalidad. En la segunda fase, llamada transición moderada, se observa una caída importante de la mortalidad, mientras que la fecundidad permanece constante, lo que provoca crecimiento explosivo de la población, por ello se conoce como etapa de expansión temprana. De hecho, el inicio del descenso de la mortalidad se acompaña a veces de un aumento de la fecundidad, ya que el mejoramiento sobre las condiciones de mortalidad tiene por efecto el permitir a más mujeres sobrevivir durante todo su periodo reproductivo y la disminución de la mortalidad infantil y juvenil (Tapinos, 1991). La tercera fase es la de plena transición, en ella se inicia el descenso de la fecundidad y se conoce como etapa de expansión tardía, ya que las tasas de fecundidad descienden con menor ritmo que la mortalidad. Finalmente, en la cuarta fase, o de transición avanzada, nuevamente la población tiende a ser estacionaria, pero con bajas tasas de fecundidad y mortalidad.

La noción de transición demográfica (TD) ha servido como marco de referencia para el análisis de los cambios en los niveles de mortalidad y fecundidad de la población (Juárez, et al, 1996). Originalmente, el concepto fue esbozado como un intento teórico que permitiera explicar e interpretar los cambios observados en los componentes del crecimiento natural⁴ de la población europea, que se dieron como respuesta a las transformaciones sociales y económicas que trajo la modernización industrial. Este proceso se localiza hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, cuando la población europea creció en forma relativamente rápida.

⁴ El crecimiento natural de una población es el resultado de los nacimientos menos las defunciones en un tiempo determinado. El crecimiento natural y el crecimiento social, este último determinado por la inmigración menos emigración, son los dos componentes de la ecuación básica demográfica.

Los cambios en los niveles de fecundidad, mortalidad y migración, se vinculan con cambios económicos, sociales y culturales de gran envergadura. En primer lugar, el descenso de la mortalidad se vincula con una mayor disponibilidad de alimentos, con la adopción de medidas de higiene y salud pública, y con grandes adelantos médicos. Por su parte, el descenso de la fecundidad, se vincula principalmente con cambios en el comportamiento de las parejas europeas. Estos cambios se han explicado a través de una serie de subnarraciones que han sido enfocadas desde distintas perspectivas y orientaciones disciplinarias. Van de Kaa (1997) postula que la mejor manera de interpretar la búsqueda del comportamiento y el cambio de la fecundidad, a lo largo de cincuenta años de investigación, es considerándola como subnarraciones que habitualmente toman la forma de una teoría verbal. En distintos momentos se han destacado diferentes partes de esas subnarraciones, dependiendo de los intereses políticos, del mejoramiento de las capacidades técnicas, de la disponibilidad de los datos, de los cambios en los ambientes sociales y del grado de satisfacción que exista con la subnarración del momento. El autor señala que, aunque es probable que todas las variables importantes en el proceso del cambio en la fecundidad hayan sido identificadas, es poco factible que se llegue a una narración única y consolidada, satisfactoria para todos los entornos y todas las épocas (Van de Kaa, 1997). Para Germani (1968), la transición de la fecundidad tradicional a la moderna se debió a la adopción de pautas de comportamiento deliberado con base en la individualización y la racionalización. Es decir, que si bien toda sociedad regula su crecimiento demográfico, en la sociedad tradicional esta regulación se da con base en factores impersonales que tienen que ver con pautas de comportamiento socialmente prescritas, mientras que en la sociedad moderna esta regulación se da con mayor frecuencia con base en decisiones individuales.

Así, vemos que el factor principal de la TD es el cambio social hacia la modernidad. En resumen, el proceso de modernización en Europa trajo mejores niveles de vida, nuevos controles de enfermedades y redujo la mortalidad. Pero el proceso de reducción de la fecundidad en el contexto europeo no fue inmediato. La razón por la que la fecundidad no declinó con la misma rapidez que la mortalidad se debe a que lograr que la gente muera menos resulta un proceso universalmente aceptado y casi incuestionable; en cambio, la religión, los códigos morales, las leyes, la educación, las costumbres, los hábitos maritales y la organización familiar habían estado

enfocados hacia el mantenimiento de una fecundidad alta, por lo que el descenso posterior de la fecundidad se da a través de un proceso racional y lento. (Notestein, 1945).

Como se ha visto, la TD es un proceso complejo y los países difieren tanto en el momento de inicio y ritmo en que se dan los cambios en la mortalidad y la fecundidad, como en otras características relacionadas con estos cambios como el lugar de residencia, rural o urbano; el estado de salud de la población; el nivel de escolaridad; y comportamientos asociados a la formación de parejas conyugales y a la planificación familiar. La TD en América Latina está caracterizada por una gran heterogeneidad entre los países de la región, como reflejo de niveles de desarrollo desiguales. Como referencia es interesante destacar que, con base en los criterios de terciarización de la economía, urbanización y educación, se ha encontrado que todos los países de la región que se encuentran en una transición demográfica avanzada presentan también un nivel de modernización avanzado; dos tercios de los países que se encuentran en plena transición demográfica se ubican en un nivel intermedio de modernización (parcial y acelerado); y la mayoría de los países en transición demográfica moderada y los países en transición incipiente se corresponden con un nivel de modernización también incipiente (CEPAL/CELADE-BID, 1996).

México es ejemplo de una TD tardía y muy rápida en comparación con las poblaciones europeas donde ésta se inicia. La dinámica demográfica en México tuvo tremendas transformaciones entre 1930 y 1990. De acuerdo con las etapas de la teoría clásica de la transición demográfica, la etapa de transición moderada en México consistió en una importante disminución de la mortalidad que ocurrió alrededor de 30 años antes del descenso de la fecundidad. Es decir, en los años cuarenta se logra un pronunciado descenso en los niveles de mortalidad como resultado de los programas en materia de salud que permitieron una mayor cobertura de estos servicios. Durante este periodo, debido al descenso de la mortalidad y a la permanencia de altos niveles de fecundidad, el país observó altas tasas de crecimiento poblacional. Este crecimiento acelerado, que caracterizaba el inicio de la transición demográfica en los países no desarrollados, alcanzó su punto máximo en los años sesenta⁵, cuando México presentó la mayor tasa de crecimiento de la

⁵ A finales de los años sesenta la fecundidad alcanzó niveles importantes. Las mujeres nacidas entre 1927 y 1931, mismas que comenzaron a unirse hacia el año 1945, tuvieron en promedio 6.8 hijos (Quilodrán, 1991).

historia ubicándose en 3.4% (Valdés, 2000), de hecho, una de las más altas registradas en el mundo.

En los años setenta se da una nueva transformación de la política gubernamental, anteriormente pronatalista, hacia una que apuntaba a la reducción voluntaria de la fecundidad⁶. Esta nueva política fue plasmada en la creación de la Ley General de Población en 1973 que comienza a implementarse en 1974. La etapa de plena transición demográfica en México, caracterizada por el descenso de la fecundidad, se habría iniciado conforme al esquema clásico de la transición si el proceso no hubiera sido influido por la anticoncepción. En un primer momento, la edad a la primera unión y el orden de nacimientos habrían intervenido como variables determinantes de los cambios en las pautas reproductivas (Juárez, et al, 1996). Sin embargo, la edad a la primera unión ayudó muy poco al descenso de la fecundidad y la anticoncepción se convirtió en la variable intermedia⁷ que mejor explicaba este cambio. Así, entre 1979 y 1995 la práctica anticonceptiva destaca como factor más determinante de la disminución de la fecundidad (Welti, 1997; Gómez de León, 1996, Figueroa, 1993; et al). Gracias al uso generalizado de estos métodos la tasa global de fecundidad⁸ (TGF) se redujo en más de la mitad, de 6.11 en 1974 paso a 2.48 hijos por mujer en 1999⁹, lo que propició que el crecimiento natural de la población disminuyera de 3.2 por ciento a 1.8 por ciento anual (Conapo, 1999). En 1995, junto con la reducción de TGF se produjo un cambio en la estructura por edad de las mujeres que contribuían a la fecundidad. La edad promedio de la fecundidad pasó de 29.2 a 27.4 como resultado de la importante disminución de la fecundidad de las mujeres mayores de 35 años; una gran proporción de dicho cambio se origina por la esterilización, ya que en esas fechas siete de cada

⁶ Al iniciarse el decenio de 1970 la elevada tasa de incremento de la población se consideraba un problema de desarrollo nacional. El pesimismo frente al crecimiento poblacional provocó que, en México como otros países en vías de desarrollo, se dejara de ver al desarrollo socioeconómico como algo que afecta el crecimiento de la población; y se considerara la disminución de ésta como condición del desarrollo socioeconómico (Presser, 1997).

⁷ Bongaarts (1982), con base en el marco analítico de Davis y Blake (1967), plantea que los factores socioeconómicos, demográficos y culturales (variables independientes) influyen sobre la fecundidad a través de variables intermedias. De acuerdo con su esquema, las variables intermedias constituyen los determinantes próximos de la fecundidad y se agrupan en: a) las que afectan la exposición al coito; b) las que influyen sobre la posibilidad de concebir, como la anticoncepción; y c) las que se relacionan con la posibilidad de que un embarazo termine.

⁸ La TGF representa el número de hijos que tendría una mujer al final de su vida reproductiva de permanecer las tasas de fecundidad por edad imperantes en un periodo dado.

⁹ De acuerdo con las estimaciones de Welti (1997), con base en distintas encuestas para México, en 1975 la TGF había disminuido a 5.6, en 1985 fue de 3.9 y en 1995 se encontraba ya en un promedio 2.9 hijos por mujer.

diez mujeres mayores de 35 años y usuarias de métodos anticonceptivos estaban esterilizadas (Welti, 1997).

De acuerdo con Quilodrán (2000), una vez que en México hemos alcanzado bajos niveles de mortalidad y fecundidad, nos encontramos en una etapa avanzada de la transición demográfica. Sin embargo, la heterogeneidad en el proceso que se observó en América Latina, se observa también al interior de nuestro país. La transición de un régimen de fecundidad alto a uno bajo se dio con sus respectivas diferencias según tamaño de localidad y nivel de escolaridad (Quilodrán, 1991). La fecundidad generalmente es mayor en las áreas rurales que en las urbanas, aunque las divergencias entre ambos contextos han disminuido, pues en 1996 la diferencia entre una área y otra es de 1.2 hijos, mientras que tres lustros atrás era de 2.8 hijos (Conapo, 1999). Lo anterior es un ejemplo de cómo en México se dieron dos modelos de transición demográfica: uno identificado con los sectores sociales más beneficiados por el desarrollo económico, la urbanización y el incremento en los niveles de la escolaridad promedio; y otro propio de los sectores más pobres y tradicionales de la sociedad (García y Rojas, 2002). El comportamiento demográfico tradicionalmente ha sido distinto según el contexto urbano o rural. Por lo tanto, es de esperar que en uno y otro sector existan divergencias en la interiorización de los nuevos valores que supone el cambio de régimen demográfico.

II. Segunda Transición Demográfica

El concepto de una segunda transición demográfica deriva del interés por algunos demógrafos de evidenciar una serie de transformaciones, sobre todo en lo que se refiere al significado y función de la familia, que en gran medida son consecuencia del nuevo régimen demográfico. Diversas narrativas han intentado explicar los determinantes de la estructura y tamaño de la población en distintos contextos, logrando enriquecer lo que se conoce como Teoría de la transición demográfica. Ahora, a la luz de un nuevo régimen demográfico, se reafirma el interés por estudiar, no solo los determinantes, sino las consecuencias de los cambios experimentados por cada uno de los componentes demográficos.

Toda revolución implica una crisis, y la transición demográfica no es la excepción. Ésta implicó un continuo rompimiento con el pasado, y a lo largo del tiempo, los cambios penetraron en la conciencia individual, donde coexisten actitudes, ideales y valores pertenecientes a diferentes etapas de la transición (Germani, 1968). Anteriormente vimos que los cambios en la organización social, como el tránsito de una sociedad tradicional a una moderna, afectan a los factores demográficos; ahora veremos como los cambios en los factores demográficos, a su vez, provocan nuevamente cambios en la estructura social (Notestein, 1945).

En un contexto de baja mortalidad y fecundidad, de urbanización, de aumento en la esperanza de vida de la población, de importantes incrementos en los niveles de escolaridad, así como de mayor participación femenina en los mercados de trabajo, surgen cambios en las ideas y en la valoración del papel de la familia, la iglesia y el Estado, y del poder que ejercen sobre los individuos. Si bien ambas transiciones están permeadas por la intervención de los cambios tecnológicos, socioeconómicos y culturales, la segunda transición es, sobre todo, el resultado de un cambio cultural y de las ideas (Van de Kaa, 1997). Esto implicaría, tanto la ocurrencia como la tolerancia, de nuevos patrones de formación y de interrupción voluntaria de las uniones, así como nuevas formas de convivencia y residencia familiar (García y Rojas, 2002). También implicaría el rompimiento de las secuencias típicas en la sucesión de eventos o transiciones de la juventud a la edad adulta.

El surgimiento de nuevos patrones de formación de uniones y de conformación de las familias, a partir de la década de los sesenta en la mayoría de los países desarrollados, se ha considerado propio de una segunda transición demográfica. En ella, los individuos una vez más están adoptando nuevas pautas de comportamiento pero ahora con respecto a la formación de parejas conyugales y a la estabilidad familiar (Quilodrán, 2003). De acuerdo con Lesthaeghe, los principales rasgos de la segunda TD son: postergación del matrimonio, incremento de la población que vive sola, aumento de las uniones libres; prolongación del período de residencia con los padres, incremento de la procreación fuera del matrimonio, aumento de la disolución voluntaria de uniones y elevación de las nuevas nupcias. (Van de Kaa, 1987, y Lesthaeghe, 1995).

En la conceptualización de la segunda transición demográfica, un mecanismo central de explicación lo ocupa la emergencia de valores que fomentan la autonomía individual, la secularización, el rechazo de la regulación institucional, la tolerancia para las minorías y la emancipación (Lesthaeghe y Surkyn, 2002a). La secularización se refiere al fin del control ejercitado por las doctrinas religiosas y políticas sobre la vida personal, dando pie a una creciente autonomía individual. Se resalta también la emancipación económica femenina, que implica la demanda de mayor calidad y menor asimetría en las relaciones de género, en un contexto de crecientes aspiraciones individuales respecto al consumo y a los estándares de vida (Lesthaeghe, 1995). Estos nuevos valores también suponen una mayor autonomía respecto al control patriarcal y al ejercicio sexual, desvinculándolo de su función meramente reproductiva.

Lesthaeghe y Neels (2002) estudiaron la relación entre algunas características regionales de la primera y segunda TD y algunas variables históricas y contemporáneas, de naturaleza socioeconómica y cultural, para el caso de Francia Suiza y Bélgica. Ellos establecen una conexión entre la aparición de patrones propios de la primera y segunda TD y las tres condiciones para el cambio establecidas por Coale. Recordemos que una de las aportaciones que Coale hace al esquema de la TD, al analizar las condiciones que se presentaron para el descenso de la fecundidad, es determinar la validez de las características presentes de forma homogénea en las sociedades modernas en su paso por la transición. El autor apunta que, a pesar de las discrepancias, existen ciertas condiciones generales bajo las cuales ha ocurrido el proceso de

transición. Primero, la fecundidad debe estar dentro del cálculo de la elección conciente. Segundo, debe haber una buena disposición a la reducción de la fecundidad, en la medida en que ésta se considere ventajosa. Tercero, las técnicas para la reducción de la fecundidad deben estar disponibles. Lesthaeghe y Neels (2002) encontraron que la buena disposición al cambio por parte de los individuos, según lo reflejado por las subculturas regionales de los países que analizan, fue la condición dominante tanto en la primera como en la segunda TD. Esto quiere decir que los individuos consideran ventajoso cierto cambio de comportamiento y por tanto lo adoptan.

Ya a finales de los ochenta, emergía un debate en Europa central y del este sobre la posibilidad de que los valores y nuevas pautas en la formación de hogares, propios de la segunda TD, llegaran a difundirse fuera de esta región. Lesthaeghe y Surkyn (2002) se preguntan si algunas características asociadas con la segunda TD han tenido relevancia y se han difundido fuera de Europa. De este cuestionamiento surge justamente el interés por estudiar lo que sucede en México. Si se está o no en la segunda transición demográfica y, en el caso de haber ingresado, qué tanto se ha avanzado en ella es, de acuerdo con Quilodrán (2003), García y Rojas (2002), uno de los temas más controvertidos y recurrentes en los estudios de población, sobre todo de nupcialidad y familia, en los países próximos a concluir su transición demográfica clásica.

A finales de los ochenta Quilodrán (1989) documentaba como el alargamiento de la vida matrimonial, ocasionado por un descenso de la mortalidad, así como las transformaciones sobre la condición femenina y la estructura de la familia, implicaban la ocurrencia de fenómenos como la disolución voluntaria de uniones por separación y divorcio, característica propia de una segunda transición. Por su parte, García y Rojas (2002) analizan los cambios ocurridos en los patrones de unión en América Latina en cuanto a las modificaciones en la edad media a la unión, el incremento en la disolución de las uniones y la prevalencia de las uniones consensuales, concluyendo que, en cuanto a estos factores, no hay suficiente evidencia para sostener que los países latinoamericanos estén experimentando una segunda transición demográfica. Al respecto Quilodrán señala que, con todo y sus divergencias, en nuestro país se están presentando ciertos rasgos de la segunda transición. Con base en esta discusión resulta relevante tratar de evidenciar la existencia de estas y otras transformaciones y continuar documentando cómo se han dado y se están dando en México.

III. Cambios en la formación de parejas conyugales

Como se mencionó anteriormente, en la segunda transición demográfica adquieren relevancia los factores psicosociales que influyen sobre los valores, actitudes y comportamiento de los individuos respecto a la formación y estabilidad familiar. Una de las primeras manifestaciones de los cambios registrados en este ámbito fue el cuestionamiento de la institución matrimonial. Algunos estudios sobre nupcialidad han tratado de rescatar la forma en que el matrimonio, como institución que funda la familia, ha cambiado en su significado y función social a través del tiempo¹⁰.

En sociedades preindustriales el matrimonio representaba el momento de iniciación de las uniones sexuales así como el arreglo institucional que se llevaba a cabo a edad temprana para asegurar la reproducción ante la amenaza de la mortalidad (Davis y Blake, 1967). Aún después de la industrialización, el matrimonio sobrevive sin ser cuestionado, pero se presenta un cambio en el calendario que apunta hacia una postergación del mismo. Según el modelo establecido por J. Hajnal (1965), el matrimonio no era universal, la proporción de mujeres que permanecían solteras toda su vida (celibato definitivo) llegaba en ocasiones hasta el 15 o 20 por ciento. Por otra parte, el acceso al matrimonio, aunque dependía del modelo familiar dominante, solía ser más bien tardío, con edades medias femeninas al contraer el primer matrimonio de 25-26 años (algo más bajas en los países del sur y el este de Europa). Se considera que la edad tardía al matrimonio fue un factor clave en el antiguo régimen demográfico, que contribuyó en las primeras etapas de la transición demográfica clásica en Europa Occidental, desempeñando un papel importante en la regulación de la fecundidad (Quilodrán, 2001). En las poblaciones donde el uso de anticonceptivos aún no era difundido, la unión resultaba una de las variables intermedias más importante relacionada con los niveles de fecundidad (Bongaarts, 1982). El hecho de que en Europa la gente no se casara joven implicaba un periodo de abstinencia sexual entre los jóvenes, ya que la iglesia condenaba la sexualidad fuera del matrimonio. La consecuencia fue la disminución del tiempo que la mujer permanecía expuesta al riesgo de

¹⁰ Desde el siglo XVI en Europa Occidental se cuenta con información que permite responder algunas preguntas sobre la formación de las parejas conyugales como ¿A qué edad y con quién se casaban las personas? y ¿Cuáles eran las funciones del matrimonio? Gracias a los registros de matrimonios sin interrupción durante un largo periodo y más adelante a los censos, fue posible observar que en Europa, desde 1740, la tasa bruta de nupcialidad se mantiene más o menos estacionaria por casi dos siglos. (Segalen, 1997).

concebir (Segalen, 1997). Así, la edad tardía al matrimonio constituye, según Chaunu (citado por Segalen, 1997), “la verdadera arma anticonceptiva de la Europa clásica”. Un estudio sobre las pautas reproductivas en México (Juárez, et al, 1996) muestra que, anteriormente, la descendencia final en este país dependía ante todo de la edad a la unión. Algunas generaciones de mujeres que para 1970 habían alcanzado la descendencia final, mostraban una relación lineal entre el número de hijos y la edad al unirse: a mayor edad a la unión menor número de hijos (Juárez, et al, 1996: 57-59).

Hasta finales de los años sesenta en los países desarrollados, la institución del matrimonio era muy estructurada y estable. A partir de entonces, se registran cambios en los modelos de nupcialidad. Actualmente tanto en Europa como Estados Unidos, Canadá y Australia se está produciendo una desinstitucionalización del matrimonio. Esta consiste en que una parte muy importante de estas poblaciones escoge la cohabitación en vez de casarse. El matrimonio civil está perdiendo su calidad de acto fundador de una nueva pareja, mientras que el religioso se vuelve más escaso; lo que significa que el matrimonio institucionalizado, ya sea por las leyes civil o religiosa, pierde vigencia. Estos cambios de comportamiento pueden asociarse a la creciente independencia económica de las mujeres, con lo cual el matrimonio pierde el papel protector que tenía en el pasado: también han sido asociados a la prolongación de la escolaridad, el alto desempleo en la juventud y la disociación entre la vida sexual y el matrimonio (Bozon, 1990; citado por Quilodrán, 2001).

Con respecto a México, los estudios sobre nupcialidad dejan claro que la unión es casi universal y relativamente estable (Quilodrán, 1989 y 1991; Juárez, 1990). La proporción total de mujeres entre 20 y 49 años de edad que llega a contraer al menos una unión es de aproximadamente el 95%. Esto nos sugiere que, el matrimonio como institución ha sido cuestionado pero no así la vida en pareja. Durante el último siglo, en México permanece un modelo de nupcialidad que solo se ha transformado en su aspecto más cualitativo: el tipo de unión. Así tenemos que entre 1980 y 1990, la unión libre experimentó un leve repunte y compensó el descenso del matrimonio legal (Quilodrán, 2001). Este incremento de uniones libres o consensuales ¿puede considerarse como rasgo de la segunda transición demográfica? Hay que señalar que una característica distintiva del patrón de nupcialidad latinoamericano es la importancia de las uniones

consensuales, que pueden constituir una forma de unión conyugal muy común y socialmente reconocida (Quilodrán 1985). Para Quilodrán la unión libre que existe en México es producto de condiciones sociales desfavorables. Mientras que el nuevo modelo de unión libre que se ha generalizado en países desarrollados, desde finales de los años setenta, está compuesto por personas de clase media (Quilodrán, 2001:56). En el caso de México, Quilodrán (2000) concluye que el importante incremento de la cohabitación registrado en los últimos años de la década de 1990 en este país no se trata de un fenómeno nuevo, sino del mismo tipo de consensualidad conocida de tiempo atrás, asociada a ámbitos rurales, a población pobre y con escasa escolaridad. Sin embargo, en aquellos sectores de nuestro país con mejores condiciones socioeconómicas, podrían darse nuevas modalidades de unión libre más semejantes al modelo de unión libre de los en países desarrollados

Por otro lado, recordemos que la disociación entre la vida sexual y conyugal es otra característica de la segunda TD, ¿Qué podemos decir al respecto si estudiamos a un sector selecto de la población, ubicado en contextos urbanos y con mejores niveles de escolaridad? Antes de tratar de responder esta pregunta es necesario intentar explicar a qué nos referimos con este concepto.

1. La disociación entre la vida sexual y la vida conyugal

Entre las manifestaciones de la segunda transición demográfica, además del abandono del matrimonio, también se ha ido extendiendo la disminución del control social sobre la práctica de la sexualidad fuera de las uniones. Por otro lado, la disociación entre la vida sexual y la vida conyugal es, en gran medida, el resultado de la capacidad de regular la fecundidad por medio del uso de métodos anticonceptivos. Bozon establece que hoy en día las relaciones sexuales ya no coinciden con el matrimonio, gracias a que la anticoncepción permitió a los jóvenes modificar el calendario de inicio de la vida sexual activa (Bozon, 1992, citado por Quilodrán, 2001). En el caso de Europa, la autonomía entre la vida sexual y reproductiva gracias a la tecnología anticonceptiva implicó una postergación de la edad al casarse y la disminución de los matrimonios (Bozon y Kontula, 1997, citados por Quilodrán, 2000). En este contexto, una vez que la fecundidad pudo controlarse voluntariamente por medio de la anticoncepción, el

matrimonio perdió importancia como institución que rige el comportamiento sexual y reproductivo. En el momento en que la relación sexual no implica un embarazo, el matrimonio deja de ser el hito de la iniciación sexual para las mujeres y el marco de protección frente al probable embarazo extramarital. (Quilodrán, 2000 y 2001a).

Dado que en México una proporción importante de las mujeres usa métodos anticonceptivos, cabe preguntarse si la afirmación de Bozon se aplica también a México. Es decir, si en México la adopción de la tecnología anticonceptiva, además de permitir un descenso importante en la fecundidad, ha abierto la posibilidad de mantener una vida sexual activa fuera o dentro del matrimonio (Quilodrán, 2001). Entonces, ¿podemos observar una disociación entre la vida sexual y conyugal, expresada en un mayor intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión? Para responder dicha pregunta más adelante emplearemos, como primera aproximación metodológica, el método de tablas de vida que nos permitirá estudiar la duración entre ambos eventos. Antes hablaremos de otra de las transformaciones que, aunque de forma incipiente en nuestro país, se están dando en países que han completado su transición demográfica: la postergación del matrimonio.

2. Evolución de la edad a la unión.

La edad a la unión es la característica más estudiada para definir los modelos de nupcialidad. La edad en que las personas contraen matrimonio está determinada culturalmente y refleja la manera en que se organiza la vida en familia y las oportunidades de que disponen los jóvenes, tanto varones como mujeres, al asumir sus responsabilidades en tanto adultos (Mensch et al, 2003; citado por UNFPA, 2003). En los últimos 30 años, en los países de América del sur ha disminuido considerablemente la proporción de matrimonios en que la mujer tiene menos de 20 años de edad. En la década de 1990, México, al igual que otros países latinoamericanos, no tenía una nupcialidad femenina precoz, es decir, menor a los 21 años. (García y Rojas, 2002). Asimismo, en todas las subregiones del mundo en desarrollo los hombres se casan mucho más tarde que las mujeres; al llegar al tramo de 20 a 24 años de edad ya se han unido entre el 9% y el 40% de los hombres, en comparación con entre el 24% y 75% de las mujeres del mismo grupo de edades (UNFPA, 2003).

En México, la edad a la unión continúa siendo la dimensión para la que se observan menos transformaciones a lo largo del tiempo. Para las mujeres, la edad promedio a la primera unión había permanecido prácticamente constante hasta los años setenta, según la Encuesta Mundial de Fecundidad (EMF), ésta fue de 19.7 en 1975 (Quilodrán 2001:48), pero en los años ochenta las mujeres comienzan a retrasar la edad a la unión más rápidamente que los hombres, aunque esta postergación sólo es de un año. De acuerdo con la Encuesta Nacional Demográfica (END), en 1982 la edad promedio a la primera unión se ubicó en 20.1 años para las mujeres que tenían entre 35 y 49 años al momento de las encuestas. El cambio de 0.4 más en promedio en 1982 concierne a las generaciones 1942-1946, que comenzaron la transición hacia una edad más tardía a la unión y habían llegado al grupo de edad 35-39 años (Quilodrán, 2001:48). Más adelante, en 1990, la edad media a la primera unión alcanza los 22 años en el caso de las mujeres, mientras que en el caso de los hombres se encuentra en 24.2 años. (Quilodrán, 2001:136) Por su parte, el censo del 2000 muestra que la edad promedio al matrimonio es de 26 años para los hombres y de 24 para las mujeres (Quilodrán, 2000).

El tipo de localidad, rural o urbana¹¹, también ha sido un factor de gran importancia para el estudio de la nupcialidad. Los patrones de nuestro país están caracterizados por un matrimonio un tanto más tardío para las mujeres urbanas en comparación con las rurales y también con respecto a las generaciones previas (Quilodrán, 1989a y 2001). Quilodrán indica, con base en la Encuesta Nacional sobre Fecundidad y Salud, que en 1987 la edad promedio de las mujeres a la primera unión era de 19.4 años en las localidades rurales, mientras que entre las mujeres de zonas urbanas era de 20.4 años, en promedio (Quilodrán, 2001: 66).

Así mismo, las mujeres con mayor nivel de escolaridad se unen más tarde con respecto a las que tienen menos años de escolaridad. Caldwell postula que existe una correlación positiva entre el nivel educativo y el retraso en la edad a la primera unión. Este planteamiento fue verificado por McCarthy y McDonald con datos para 42 países incluidos en el programa de la Encuesta Mundial de Fecundidad (McCarthy, 1982 y McDonald 1985; citados por Quilodrán, 2001). Con base en datos de la Encuesta Mexicana de Fecundidad, Quilodrán (2001:76) señala que, en 1976,

¹¹ Se considera como localidad rural a aquellas con menos de 20 000 habitantes y como urbana a aquellas con más de 20 000 habitantes.

la edad a la primera unión para las mujeres sin escolaridad fue 17.2 y de 20.8 para las mujeres con secundaria, tres años más que las mujeres sin escolaridad. Por su parte, al entrevistar a algunas mujeres pertenecientes a las cohortes de 1947 a 1966, se encontró que “mientras que la mitad de las mujeres sin escolaridad se casan antes de los 18 años y a los 25 años casi todas están casadas, entre las que asistieron a la universidad, casi ninguna inicia una unión marital antes de los 18 años y a los 25 años más de la mitad permanece soltera” (Mier y Terán 1993:72). Blanco (2002) hace notar “la prioridad que los sectores medios asignan a la obtención de ciertos niveles educativos por parte de las y los hijos y, por lo tanto, el retraso en el cumplimiento de eventos demográficos tales como el matrimonio y el nacimiento de los hijos” (p. 468). No obstante, si bien la iniciación de las relaciones sexuales y el matrimonio suelen ocurrir más tempranamente entre las mujeres con menor nivel educacional (Naciones Unidas, 2003), los aumentos en la matriculación escolar sólo explican una pequeña parte del aumento documentado en las edades al contraer matrimonio. Otros factores contribuyentes son la disminución del número de matrimonios concertados, los cambios en las leyes matrimoniales, los aumentos en la urbanización y las cambiantes normas acerca de las presuntas ventajas del matrimonio precoz.

Después de analizar la evolución de las edades medias a la unión, Quilodrán (2001) destaca la permanencia del modelo de nupcialidad hasta una etapa muy avanzada de modernización del país. Así, plantea la pregunta de ¿por qué la interiorización de nuevos valores, que supone la expansión del sistema de educación, la urbanización y la industrialización, demoraron tanto tiempo en manifestarse; y por qué una vez manifestados sólo afectan a las mujeres? Una pregunta que podemos formularnos es si la postergación de la unión está asociada con una mayor escolarización, y si estos factores operan diferencialmente para los varones y las mujeres. Para responder dicha pregunta, como segunda aproximación metodológica, haremos uso de un modelo de riesgos proporcionales para estudiar el efecto de algunas variables, como el momento de inicio de la vida sexual, el nivel de escolaridad y otras, sobre la edad a la primera unión y su efecto diferencial para mujeres y varones.

IV. Primera aproximación al estudio de la disociación entre el inicio de la vida sexual y la unión conyugal en México: Método de Tabla de Vida.

La primera aproximación al análisis de la disociación entre el inicio de la vida sexual y conyugal consiste en estudiar el intervalo entre dos eventos fundamentales en el curso de vida de los individuos: la primera relación sexual y la primera unión, comparando a mujeres y varones de distintas generaciones. La intención que guía esta primera aproximación es saber si en el contexto urbano mexicano existe una mayor disociación entre el inicio de la vida sexual y conyugal de los varones y las mujeres jóvenes. Sería interesante saber lo que al respecto sucede en el ámbito rural, pero se trata de una comparación que los datos aquí utilizados no permiten establecer.

Se esperaba que en una etapa avanzada de la transición demográfica emergieran valores, propios de una segunda transición, que impliquen una mayor emancipación femenina, manifestada entre otras cosas en una menor asimetría en las relaciones de género. Sin embargo, ya que la edad a la primera relación sexual de los varones precede por muchos años a la edad a la primera unión en comparación con las mujeres, nuestra primera hipótesis postula que los varones urbanos en México, al igual que lo observado en los países de la región (UNFPA, 2001), presentan una mayor disociación entre la vida sexual y conyugal que las mujeres.

A pesar de que existe una cierta permanencia en los patrones de comportamiento de los individuos, que subsiste en México y que implica un fuerte control institucional sobre las decisiones individuales, se espera que entre las generaciones más jóvenes se den cambios de comportamiento respecto a la intensidad y calendario de la unión una vez iniciada la vida sexual, lo que nos conduce a postular como segunda hipótesis que entre las generaciones más recientes la disociación entre la vida sexual y conyugal es mayor con respecto a las generaciones anteriores, y que dichos cambios se observan sobre todo en el caso de las mujeres.

1. Fuente de datos y población en estudio

La fuente de datos empleada en este trabajo es la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva con Población Derechohabiente (ENSARE), realizada en 1998 por el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). En ella se entrevistaron a 5,405 mujeres de 12 a 54 años de edad y a 2,992 varones de 12 a 59 años, todos ellos derechohabientes del IMSS. La encuesta es representativa a nivel nacional para mujeres y varones. Entre los ejes temáticos que aborda la encuesta, y que son relevantes para este trabajo, se encuentran: características sociodemográficas, fecundidad y nupcialidad, anticoncepción, y práctica sexual. La ENSARE es una encuesta que capta información de un sector y contexto social específico: la población derechohabiente del IMSS, que vive predominantemente en localidades urbanas, por definición cuenta con un trabajo asalariado, o al menos es familiar de un asalariado de quien recibe el beneficio de la derechohabiencia, goza de los servicios de atención a la salud y de una pensión o jubilación cumplidos los años de trabajo necesarios para obtenerla.

a) Características de la muestra

En el Cuadro 1 se describen algunas características sociodemográficas del total de la muestra de mujeres y de varones. La estructura por edad de las poblaciones femenina y masculina se agrupa en edades de 12 a 19, 20 a 29, 30 a 39, 40 a 49 y 50 años y más. El estatus sexual distingue a las personas que han experimentado la primera relación sexual. El estatus conyugal distingue a la población soltera de aquella que ha estado unida alguna vez. Finalmente, la escolaridad agrupa a la población con base en el último año de escolaridad aprobado: en el primer grupo se encuentran los que tienen desde ningún años de escolaridad¹² hasta primaria completa; en el segundo los que aprobaron de uno a tres años de secundaria; en el tercero se encuentran aquellos que tienen de uno a tres años de preparatoria y; finalmente, en el cuarto aquellos que tienen un año de educación profesional o más.

Así, se observa que el 68.8% de las mujeres entrevistadas y el 80.9% de los varones habían experimentado al menos la primera relación sexual al momento de la encuesta. El 65.3% de la

¹² Únicamente el 2% de la muestra de mujeres no asistió a la escuela, en el caso de los varones el porcentaje aun es menor.

las mujeres y el 67% habían tenido al menos una unión conyugal. Y finalmente, en cuanto al nivel de escolaridad un mayor porcentaje de los casos tenían entre uno y tres años de secundaria, 42.5% de las mujeres y 38.2% de los varones; mientras que es mayor la proporción de hombres que tienen un año o más de educación profesional en comparación con las mujeres, es decir, 14% de los varones y 9.2% de las mujeres han aprobado al menos un año de educación superior. De acuerdo con este contexto se trata de una población selectiva con mejores condiciones de escolaridad que a nivel nacional¹³.

Cuadro 1
Características sociodemográficas de la muestra

	Mujeres		Varones	
	%	N	%	N
Total	100	5405	100	2,992
Grupo de edad				
12-19	23.2	1,253	19.28	577
20-29	28.5	1,539	28.64	857
30-39	23.1	1,246	24.80	742
40-49	18.5	1,000	16.34	489
50 y más	6.8	367	10.93	327
Estatus Sexual				
Con primera relación sexual	68.8	3,718	80.9	2,422
Sin primera relación sexual	31.2	1,687	19.1	570
Estatus Conyugal				
Soltero	34.7	1,878	33.0	987
Alguna vez unido	65.3	3,527	67.0	2,005
Escolaridad				
Hasta Primaria completa	33.2	1,792	28.1	841
Uno a tres años de secundaria	42.5	2,296	38.2	1,143
Uno a tres años de preparatoria	15.2	821	19.7	589
Un año de profesional o más	9.2	496	14.0	419

Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

¹³ Con base en información de los censos de 1990 y 2000, sobre la distribución porcentual de la población por último grado de escolaridad aprobado, en México un mayor porcentaje de las mujeres y los varones de 15 y más años tienen entre uno y seis años de primaria: 43.5% las mujeres y 42.4 % de los varones en 1990; y 38.6% y 36.3% en el 2000 respectivamente. En este año, solo el 23% de las mujeres y el 25.9% de los varones de 15 y más tenía entre uno y tres años de secundaria (INEGI, 1992 y 2001).

Otros aspectos que se analizan, para el total de la muestra, son algunos indicadores sobre el comportamiento sexual y sobre el patrón de nupcialidad. En el Cuadro 2 se muestran algunas medidas estadísticas de la edad a la primera relación sexual, la edad a la primera unión y el intervalo entre ambos eventos para aquellos casos en que se contó con dicha información.

Cuadro 2
Algunos indicadores sobre sexualidad y nupcialidad del total de la población entrevistada.

	Mujeres de 12 a 54 años	Varones de 12 a 59 años
Edad a la primera relación sexual (años)		
N (%)	3,718 (100)	2,422 (100)
Media	19.5	17.3
Moda	18	18
<i>Cuartiles</i>		
0.25	17	15
Mediana	19	17
0.75	22	19
Edad a la primera unión (años)		
N (%)	3,033 (86)	1,994 (99.5)
Media	20.5	23.5
Moda	18	22
<i>Cuartiles</i>		
0.25	18	20
Mediana	20	23
0.75	23	26
Intervalo entre la primera relación sexual premarital y la primera unión (años)		
N (%)	2,730 (77.4)	1,947 (97.1)
Media	1.3	6.2
Moda	0	0
<i>Cuartiles</i>		
0.25	0	2
Mediana	1	5
0.75	2	9

Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

Todas las personas que habían tenido la primera relación sexual, es decir 3,718 mujeres y 2,422 varones, declararon la edad en la que sucedió este evento. Como se observa en el Cuadro 2, la edad media o promedio a la primera relación sexual es de 19.5 para las mujeres y 17.3 para los varones. La moda o edad con que mayor frecuencia tuvieron la primera relación sexual tanto varones y mujeres fue 18 años. Por su parte, la mediana¹⁴ nos indica que a los 19 años el 50% de las mujeres observadas ya habían tenido su primera relación sexual, mientras que a una edad más joven, 17 años, el 50% de los varones ya habían tenido su primera relación sexual.

En cuanto a la edad a la primera unión, tenemos información para el 86% de la mujeres de 12 a 54 años con al menos una unión y el 99.5% de los varones 12 a 59 años alguna vez unidos. La edad media o promedio a la primera unión es 20.5 para las mujeres y 23.5 para los varones. A los 20 años la mitad de las mujeres tuvieron su primera unión y en el caso de la mitad de los varones esto sucedió a los 23 años.

El Cuadro 2 también nos muestra el intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión. En esta caso tenemos información para el 77.4% de las mujeres alguna vez unidas e información para el 97.1% de los varones alguna vez unidos. Cabe mencionara que el 8.4 de las mujeres algunas vez unidas no tuvieron una relación sexual premarital, es decir, que su primera relación sexual sucedió al interior de una unión conyugal. Para la población con relación sexual premarital, la duración promedio del intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión de las mujeres es de 1.3 años y de 6.2 años en el caso de los varones. Un año después de la primera relación sexual la mitad de las mujeres había tenido una unión conyugal y hasta 5 años después de la primera relación sexual la mitad de los varones había experimentado una unión conyugal.

¹⁴ La *mediana*, al valor de la variable (edad en que sucede el evento) que deja por debajo de sí al 50% de las observaciones o casos estudiados. Un percentil, o estadístico de posición, de orden k (P_k) es aquel que deja por debajo de sí el $k\%$ de las observaciones. Los cuartiles, Q_i , son un caso particular de los percentiles, son 3 y se definen como: $Q_1 = P_{25}$; $Q_2 = P_{50}$ (*mediana*); y $Q_3 = P_{75}$. (Ver: Mendenhall, 1987)

b) Características de la población en estudio

Para llevar a cabo la primera aproximación al estudio de la disociación entre el inicio de la vida sexual y conyugal a través del intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión, se decidió considerar a las mujeres y los varones de 20 a 49 años que habían tenido su primera relación sexual al momento de la encuesta. Se analiza a la población por grupos de edad de 20 a 29, 30 a 39 y 40 a 49 años al momento de la encuesta, que nacieron entre 1969 y 1978, 1959 y 1968 y entre 1949 y 1958 respectivamente. Esto nos permite analizar cambios intergeneracionales. Es útil reconstruir las historias de los individuos con base en sus fechas de nacimiento; ya que cada generación (o cohorte) constituye una subpoblación que ha vivido historias conjuntamente, de manera que individuos de una misma generación son personas que, en cierto sentido, desde su nacimiento transitan a través de una realidad común, que influirá sobre el calendario e intensidad de los eventos demográficos, en este caso la primera experiencia sexual y conyugal (Cf. Juárez, et al, 1996:19). El Cuadro 3 muestra el porcentaje de eventos ocurridos entre la población femenina y masculina de cada grupo de edad.

Cuadro 3
Porcentaje del total de la población entrevistada que ha tenido al menos una
relación sexual y una unión por grupo de edad y sexo

Grupo de edad	Mujeres de 12 a 54 años		Varones de 12 a 59 años	
	R. Sexual	Unión	R. Sexual	Unión
12-19	9.3	6.9	20.5	4.0
20-29	69.5	63.5	89.5	60.2
30-39	95.7	91.7	99.5	91.0
40-49	98.3	96.6	99.4	96.3
50 y más	98.4	96.7	99.7	97.9

Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

Entre las mujeres que al momento de la encuesta tenían entre 12 y 19 años, sólo el 9.3% había tenido la primera relación sexual y sólo 6.9% de ellas había estado alguna vez unida. Entre los varones de esta misma edad, el 20% ya había tenido al menos una relación sexual y sólo el 4% de ellos había experimentado alguna unión conyugal. Se decidió no considerar a este primer grupo de edad por contener un pequeño número de observaciones sobre los eventos de interés.

Si infiriéramos medidas estadísticas con base en el reducido porcentaje de la población de esta edad que ha experimentado tanto la primera relación sexual como la primera unión, obtendríamos indicadores que quizá no son representativos de toda la cohorte (ver Juárez, 1984: 289). Por su parte, la población que tenía 50 y más años al momento de la entrevista representa sólo 6.8% y 10.9% del total de la muestra de mujeres y varones respectivamente. Este grupo tampoco ha sido considerado ya que, por un lado, no se cuenta con información sobre la edad a la primera unión de un 30% de la población de esta edad, y por el otro, en casi 10% por ciento los casos la primera relación sexual sucedió al interior de la unión conyugal.

En el Cuadro 4 se presentan algunas características sociodemográficas de la población que se analiza en esta primera aproximación. Partimos de 3,241 casos de mujeres entre 20 a 49 años que habían tenido su primera relación sexual y de 1,980 varones con la misma característica.

Cuadro 4
Características sociodemográficas de la población que ha tenido la primera relación sexual

	Mujeres de 20 a 49 años		Varones de 20 a 49 años	
	%	N	%	N
Total	100	3,241	100.0	1,980
Grupo de edad				
20-29	33.0	1,069	38.5	762
30-39	36.7	1,190	37.1	734
40-49	30.3	982	24.4	484
Estatus Conyugal				
Soltero	4.9	160	16.5	326
Alguna vez unido	95.1	3,081	83.5	1,654
Escolaridad				
Hasta Primaria completa	39.3	1,275	24.3	482
Uno a tres años de secundaria	40.5	1,313	36.5	723
Uno a tres años de preparatoria	12.3	398	20.8	411
Un año de profesional o más	7.9	255	18.4	364

Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

En el Cuadro 4 encontramos que el 95.1 % de las mujeres de 20 a 49 años y el 83.5% de los varones de esta edad habían tenido al menos una unión conyugal, es decir, sólo encontramos un 4.9% y 16.5% de solteros respectivamente. En cuanto al nivel de escolaridad, una vez más encontramos que un mayor porcentaje de los casos tenían entre uno y tres años de secundaria, 40.5% de las mujeres y 36.5% de los varones; aunque en términos relativos el grupo que sólo tiene hasta primaria completa también es importante para las mujeres. También se observa que es mayor la proporción de hombres que tienen un año o más de educación profesional en comparación con las mujeres, es decir, 18.4% de los varones y 7.9% de las mujeres han aprobado al menos un año de educación superior.

Respecto a los indicadores de sexualidad y nupcialidad considerados, en el Cuadro 5 vemos que en general no hay diferencias entre los valores de los indicadores de la población seleccionada en este estudio con respecto al total de la muestra (Cuadro 2). Para las mujeres seleccionadas las edades media o promedio y los valores de la primera relación sexual, la primera unión y el intervalo entre ambos eventos para cada cuartil son exactamente iguales al los del total de la muestra. En el caso de los hombres las edades medias difieren por algunos decimales y los valores de los cuartiles son exactamente iguales a los del total de la muestra.

Así, en el Cuadro 5 se muestra que la edad promedio a la primera relación sexual es 19.5 para las mujeres y 17.5 para los varones. A los 19 años el 50% de las mujeres ya habían tenido su primera relación sexual, mientras que a una edad más joven, 17 años, el 50% de los varones ya habían tenido su primera relación sexual.

En cuanto a la edad a la primera unión, tenemos información para el 87.2% de las mujeres que además de haber tenido la primera relación sexual han estado unidas. La información de los varones con estas características es más completa pues el 99.6% declaró la edad a la que se unió por primera vez. La edad media o promedio a la primera unión es 20.5 para las mujeres y 23.3 para los varones. A los 20 años la mitad de las mujeres tuvieron su primera unión y en el caso de la mitad de los varones esto sucedió a los 23 años.

Cuadro 5
Algunos indicadores sobre sexualidad y nupcialidad de la
población que ha tenido la primera relación sexual

	Mujeres de 20 a 49 años	Varones de 20 a 49 años
Edad a la primera relación sexual (años)		
N (%)	3,241 (100)	1,980 (100)
Media	19.5	17.5
Moda	18	18
<i>Cuartiles</i>		
0.25	17	15
Mediana	19	17
0.75	22	19
Edad a la primera unión (años)		
N (%)	2,688 (87.2)	1,647 (99.6)
Media	20.5	23.3
Moda	19	22
<i>Cuartiles</i>		
0.25	18	20
Mediana	20	23
0.75	23	26
Intervalo entre la primera relación sexual premarital y la primera unión (años)		
N (%)	2,425 (78.7)	1,617 (97.8)
Media	1.3	5.9
Moda	1	1
<i>Cuartiles</i>		
0.25	0	2
Mediana	1	5
0.75	2	8

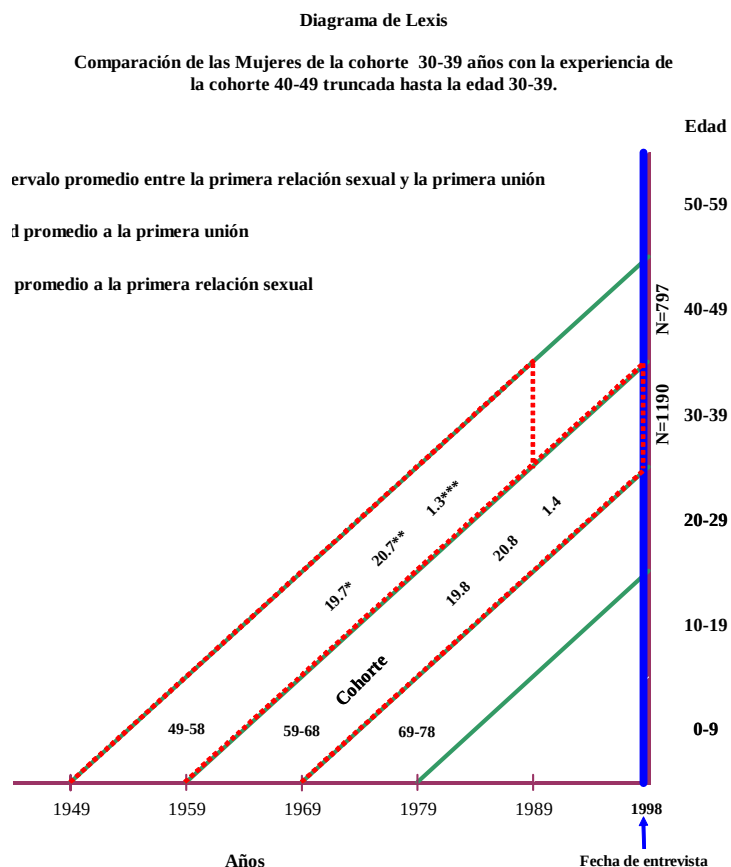
Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

Para hablar del intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión, tenemos información para el 78.7% de las mujeres de 20 a 49 años alguna vez unidas e información para el 97.8% de los varones con las mismas características. En esta ocasión el 8.5% del total de mujeres de 20 a 49 años alguna vez unidas no tuvieron una relación sexual premarital, es decir, que su primera relación sexual sucedió al interior de una unión conyugal, desconocemos la

información al respecto del 12.8% restante de las mujeres alguna vez unidas. Así, para aquella población, de 20 a 49 años, cuya primera relación sexual fue anterior a la primera unión conyugal, el intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión de las mujeres fue en promedio de 1.3 años y de 5.9 años para los varones. Un año después de la primera relación sexual la mitad de las mujeres había tenido una unión conyugal y hasta 5 años después de la primera relación sexual la mitad de los varones había experimentado una unión conyugal.

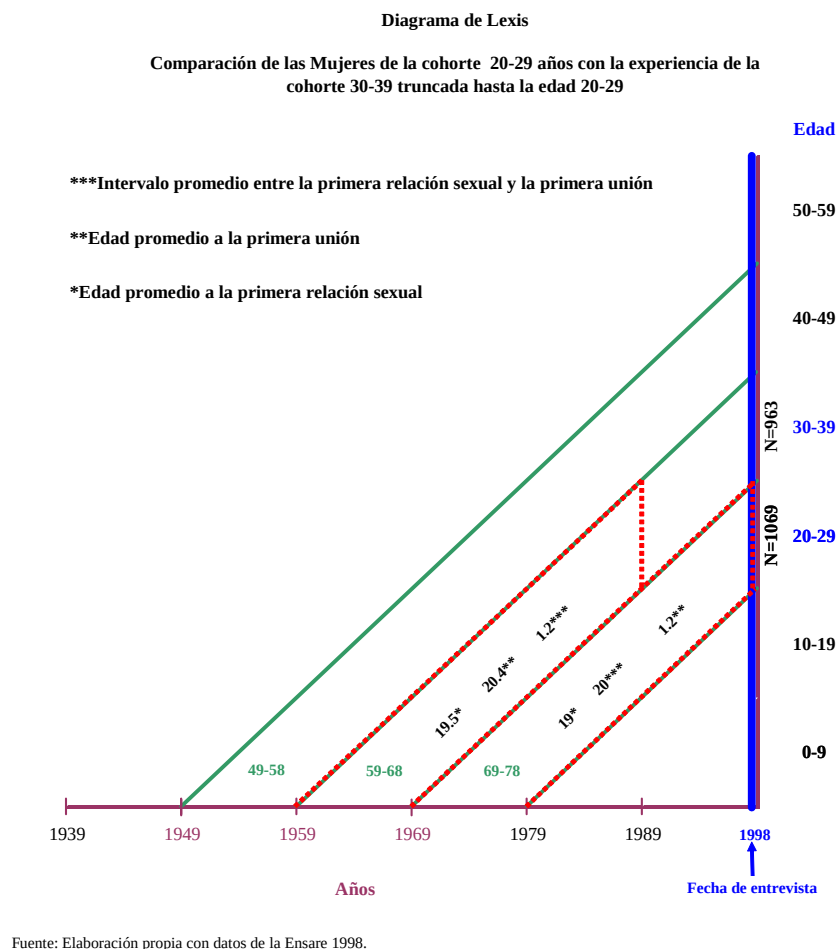
Finalmente, con apoyo del Diagrama de Lexis podemos observar las características de la población en estudio, en cuanto a las edades medias a la primera relación sexual, primera unión e intervalo entre ambos eventos, para cada una de las cohortes elegidas. Así podemos mostrar, a simple vista la evolución de estos indicadores a través del tiempo. Para ello, ha sido necesario aplicar el enfoque de truncamiento, de modo que las distintas cohortes puedan ser comparables. El enfoque de truncamiento, sugerido por Ryder en 1974, consiste en el truncamiento de la experiencia de las cohortes por edad específica, esto es necesario en virtud de que la historia de eventos de la generación más joven está incompleta con respecto a la generación mayor sucesiva (Juárez, 1984). Por lo tanto se cortan los últimos 10 años de experiencia de la cohorte 40 a 49 años para compararlas directamente con la cohorte que al momento de la encuesta tenía entre 30 y 39 años de edad. Después, se cortan los últimos 10 años de experiencia de la cohorte de 30 a 39 para compararlas directamente con la cohorte de 20 a 29. El análisis cohorte-periodo que se analiza, tanto para las mujeres como para los varones, está representado por la línea punteada en cada uno de los Diagramas de Lexis.

En el primer paso, la experiencia de la cohorte 40-49 ha sido truncada hasta la edad 30-39. Así se observa que los cambios entre las mujeres de estas generaciones son mínimos, sólo 0.1 años de aumento en los tres indicadores para la generación de 30 a 39 años. La edad promedio a la primera relación sexual pasa de 19.7 a 19.8; la edad promedio a la primera unión pasa de 20.7 a 20.8 y el intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión pasa de 1.3 a 1.4 en la generación joven.



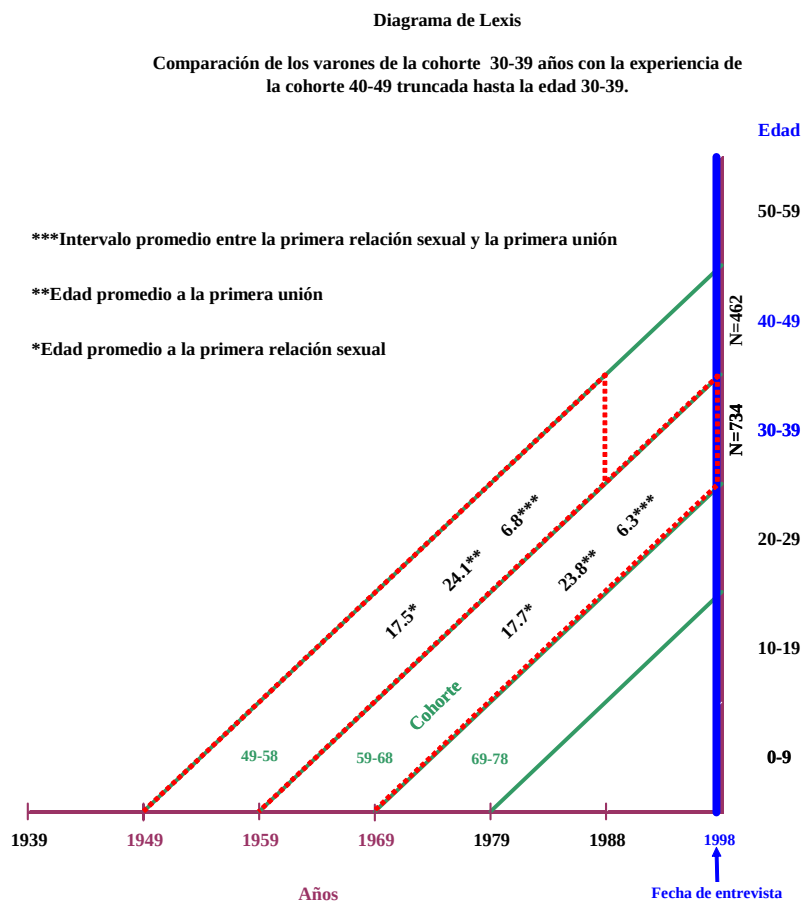
En propia con datos de la Ensare 1998.

La siguiente comparación, se da para la cohorte de 20 y 29 y la cohorte de 30-39, truncada a la edad 20-29. Se observa una disminución en la edad a la primera relación sexual, esta es de 19.5 años para la cohorte mayor y de 19 para la cohorte 1969-1978, que tenían entre 20 y 29 años al momento de la encuesta. En cuanto a la edad promedio a la primera unión, ésta disminuye 0.4 años para la generación más joven, nacida entre 1969-1978. Las mujeres de esta generación se casan en promedio a los 20 años. Finalmente, no se muestran cambios en el intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión: para ambas generaciones el intervalo es de 1.2 años en promedio.



Cabe preguntarse si la ligera disminución en la edad promedio a la primera unión se debe a un aumento en formas de convivencia conyugal menos formales que la legal y la religiosa, es decir, si se debe a un aumento en la unión libre o consensual que provoque, a su vez, una entrada anticipada a la unión conyugal¹⁵. Dicha pregunta se vuelve más relevante si observamos el comportamiento de los varones, para quienes es más clara la disminución de la edad a la primera unión al comparar a generaciones sucesivas. La cohorte de varones 40-49, truncada hasta la edad 30-39, tiene una edad promedio a la primera unión de 24.1 años, 0.3 años mayor en comparación con la generación de 30 a 39 años, que se une en promedio a los 23.8 años.

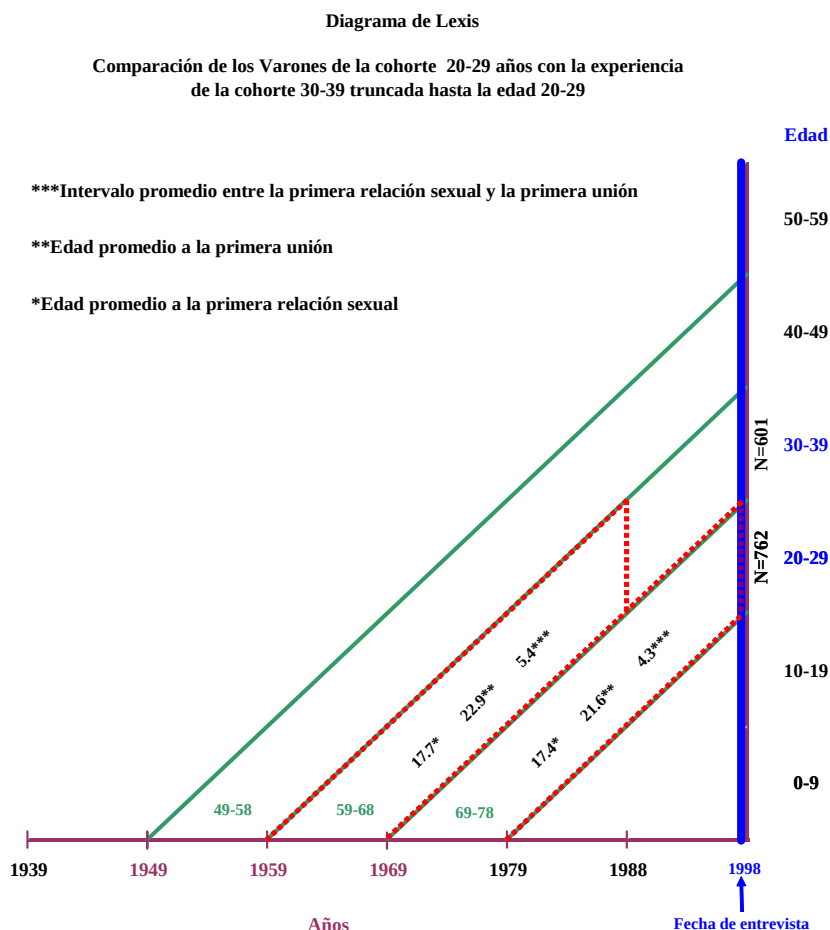
¹⁵ Sería interesante explorar si la clasificación de las uniones (solamente civil, solamente religioso, civil y religioso y unión libre) establece diferencias reales entre la población en estudio. Sin embargo, es otra de las cuestiones que los datos no permiten estudiar, ya que no contamos con información acerca del tipo de unión en la primera unión. Sino únicamente sobre el estado civil de las personas al momento de la encuesta.



Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

La edad promedio a la primera relación sexual de los varones de estas generaciones, presenta un ligero aumento con el tiempo, pasa de 17.5 a 17.7; mientras que el intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión pasa de 6.8 a 6.3 años en la generación joven.

La disminución de la edad a la primera unión es mayor al comparar a los varones de la cohorte 30-39, truncada hasta la edad 20-29, con la cohorte de esa edad al momento de la encuesta. Dicha disminución es de 1.3 años, pasa de 22.9 a 21.6 años. La edad promedio a la primera relación sexual presenta una ligera disminución al pasar de 17.7 a 17.4 años. Finalmente, los cambios en el intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión son mayores al comparar estas generaciones. La cohorte 30-39 presenta un intervalo promedio de 5.4 años, mientras que la cohorte más joven tiene un intervalo de 4.3 años; así, la disminución de dicho intervalo es en esta ocasión de 1.1 años.



Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

A través del enfoque de truncamiento ha sido posible comparar los indicadores de sexualidad y nupcialidad de dos generaciones sucesivas, observando la experiencia de ambas generaciones a una misma edad. Sin embargo, concluir sobre las tendencias observadas puede resultar engañoso, considerando que se ha dejado fuera a aquella parte de la población de las generaciones más jóvenes, es decir, de las cohortes de 30-39 y sobre todo de la cohorte 20-29, que una vez experimentada la primera relación sexual, habían postergado la primera unión por lo menos hasta después de que fueron entrevistados. La interrupción de la ocurrencia de un evento, a causa de la fecha de la entrevista, es un problema presente en toda fuente de datos con historias incompletas. Este problema, conocido como truncamiento por la derecha, es posible afrontarlo a través de la técnica de tabla de vida que se emplea a continuación para estudiar uno de los indicadores antes analizados: el intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión.

2. Metodología

Como se mencionó anteriormente, en esta primera aproximación deseamos examinar la duración o tiempo entre dos eventos: primera relación sexual y primera unión. Todos los individuos considerados en este estudio habían experimentado el primer evento, pero no así el segundo. Al describir a nuestra población en estudio vimos que contamos con casos en los que la unión conyugal aún no había ocurrido cuando la persona fue entrevistada. Estos son llamados casos truncados y existe una técnica estadística útil para manejo de datos que cuentan con este tipo de casos. La técnica de Tablas de Vida (TV) es una herramienta poderosa de análisis pues nos permite afrontar el problema de la presencia de casos truncados (Juárez, 1984). La TV nos permite considerar adecuadamente a aquellas personas que una vez iniciada su vida sexual están expuestas al riesgo de unirse, pero que aún no habían experimentado la unión conyugal cuando fueron entrevistadas. Es importante destacar que la fuente de datos también presenta casos en los que la primera relación sexual no le había ocurrido al individuo antes de la fecha de la entrevista. Cabe recordar que en este estudio sólo se considera la población que ya había tenido su primera relación sexual al momento de la encuesta. Por lo tanto, los casos truncados por el primer evento salen del estudio, en el caso del total de mujeres representa el 31.2% de la muestra y en el caso de los varones el 19.1% (Cuadro 1).

De la aplicación de la TV se obtienen algunas medidas para cuantificar la formación de la unión conyugal. La probabilidad total o acumulada nos permite estimar la intensidad de la unión a diferentes momentos del tiempo una vez iniciada la vida sexual. La mediana del intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión nos indica el tiempo (años) que le toma a la mitad de las personas unirse después de la primera relación sexual.

La idea básica de la TV es subdividir el periodo de observación en pequeños intervalos de tiempo. Para cada intervalo se calcula la probabilidad de que ocurra la primera unión (evento que pone fin al celibato) en dicho intervalo de tiempo. Así, todas las personas que han llegado célibes al inicio del intervalo intervienen en el cálculo de la probabilidad de unión, que se obtiene dividiendo el número de uniones durante el intervalo, entre todas las personas célibes al inicio de

dicho intervalo (población efectiva expuesta al riesgo de unirse). La estimación de las probabilidades de cada intervalo permite calcular la probabilidad total de que la unión ocurra en diferentes puntos del tiempo. La probabilidad de *sobrevivir* a la unión representa entonces la proporción de personas que permanecieron célibes al final de cada intervalo.

Para la construcción de la TV la información ha sido organizada en intervalos de un año¹⁶. Se eligió un año como tiempo de exposición al riesgo de unión ya que solamente contamos con información del año en que la persona tuvo su primera relación sexual y no del mes, como en el caso de la unión. Entonces, la duración del intervalo entre uno y otro evento tiene que ser medido en años. Al aplicar la TV se obtiene la probabilidad de que, habiendo tenido su primera relación sexual y habiendo permanecido soltero al final de un intervalo, se llegue a contraer una unión en el intervalo siguiente. Se analizan distintos intervalos: el primer intervalo (U_0) inicia a partir de la primera relación sexual. El segundo intervalo (U_1), inicia 1 año exacto después de la primera relación sexual y así sucesivamente. Como se dijo, la duración de todos los intervalos, es de un año.

La TV también nos proporciona la probabilidad acumulada de supervivencia, que en este caso sería la probabilidad acumulada de permanecer célibe al final de cualquier intervalo (C_x). La probabilidad de permanecer soltero al final del primer intervalo (C_0) es también la probabilidad acumulada de ese primer intervalo. La probabilidad acumulada de que una persona permanezca soltera al final del segundo intervalo (C_1) es la probabilidad de supervivencia en el primer intervalo multiplicado por la probabilidad de supervivencia en el segundo y así sucesivamente. Por lo tanto, la probabilidad acumulada de unión en un punto del tiempo x (U_x) es igual a 1 menos la probabilidad de supervivencia en el tiempo x ($U_x = 1 - C_x$).

¹⁶ La información requerida para la TV es el número de personas expuestas al riesgo de unirse al comienzo de cada intervalo y su estatus terminal. Este está determinado por la ocurrencia de la unión o la entrevista, lo que suceda primero. La población efectiva en riesgo, es el número corregido de personas expuestas al riesgo considerando los casos truncados.

Resultados de la aplicación de la técnica de Tabla de Vida

En primer lugar, se presenta en el Cuadro 6 la probabilidad acumulada de unión al final de distintos intervalos de tiempo, comparando a mujeres y varones de distinta generación.

Cuadro 6

Probabilidad acumulada de unión al final del intervalo U_x

Intervalo (años)	Mujeres			Varones		
	Edad a la fecha de la entrevista			Edad a la fecha de la entrevista		
	40-49	30-39	20-29	40-49	30-39	20-29
U_0	0.47	0.45	0.38	0.09	0.09	0.08
U_1	0.74	0.71	0.65	0.18	0.18	0.16
U_2	0.84	0.80	0.77	0.22	0.25	0.25
U_3	0.89	0.84	0.83	0.29	0.30	0.32
U_4	0.91	0.86	0.88	0.35	0.37	0.41
U_5	0.92	0.88	0.91	0.45	0.44	0.48
U_6	0.93	0.90	0.93	0.52	0.52	0.53
U_7	0.94	0.92	0.94	0.59	0.59	0.60
U_8	0.94	0.93	0.95	0.66	0.65	0.68
U_9	0.95	0.94	0.95	0.72	0.72	0.76
U_{10}	0.95	0.94	0.96	0.77	0.75	0.80

Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

Al observar la probabilidad acumulada de unión en distintos intervalos de tiempo (Tabla 1) vemos que la probabilidad de que una mujer de 20 a 29 años se una durante el primer año después de su primera relación sexual (U_0) es de 0.38. Al final del siguiente intervalo, que inicia un año después de la primera relación sexual (U_1), esta probabilidad aumenta a casi el doble. De manera que la proporción de mujeres unidas a partir del primer año después de la primera relación sexual y a lo largo de ese año es de 0.65. Dicho de otro modo, la probabilidad de que una mujer de 20 a 29 años permanezca soltera durante el primer año después de la primera relación sexual es de 0.62; pero la proporción de célibes dos años después de la primera relación

sexual es de solamente 0.35. Este aumento de intensidad de la unión del intervalo U_0 al U_1 es similar entre las mujeres de 30 a 39 y 40 a 49 años.

Al comparar la intensidad de la unión de las diferentes cohortes, vemos que las probabilidades acumuladas de unión en los primeros intervalos son ligeramente más altas para las dos cohortes mayores en comparación con la cohorte más joven. A partir de la primera relación sexual (U_0) la intensidad de la unión durante el primer año es menor entre las mujeres de 20 a 29 con respecto a las de 30 a 39 y 40 a 49. Así, tenemos que la probabilidad acumulada de unirse durante el primer año a partir de la primera relación sexual es de 0.45 para la cohorte de 30 a 39 años y 0.47 para la cohorte de 40 a 49 en este primer intervalo.

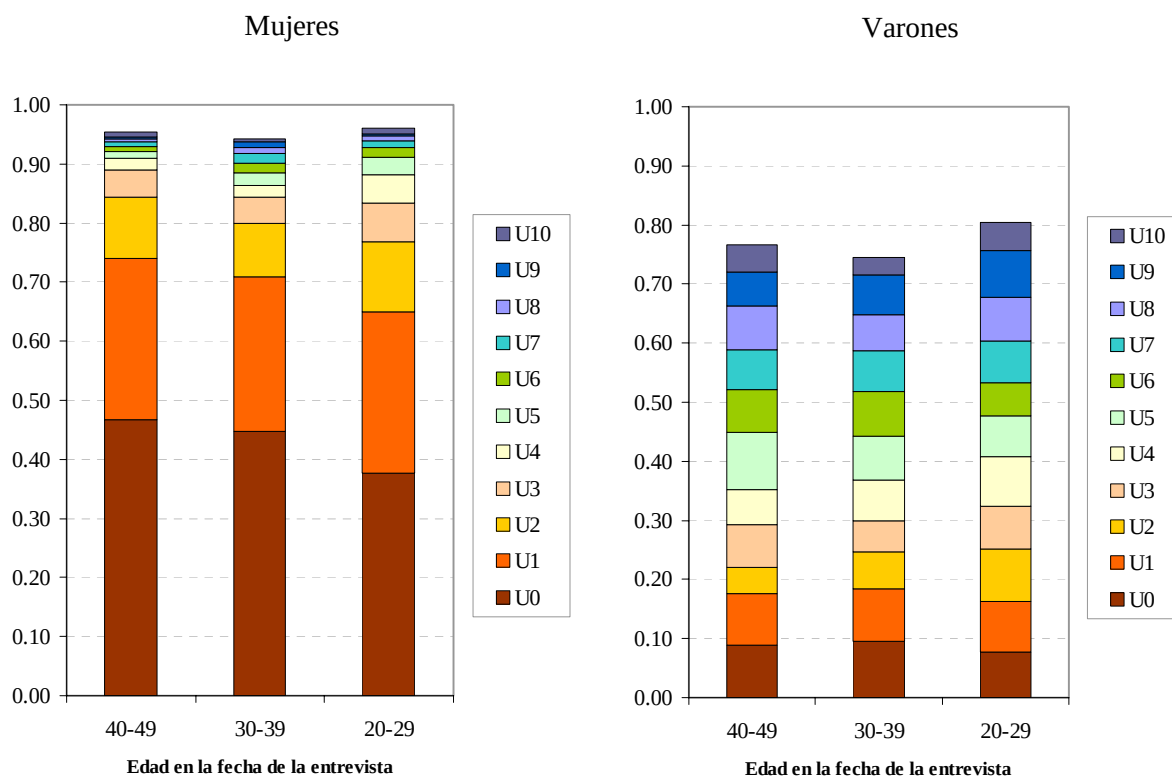
Esta tendencia se mantiene hasta el intervalo que inicia tres años después de la primera relación sexual (U_3) pero las diferencias tienden a disminuir. A partir del cuarto año después de la primera relación sexual (U_4) la intensidad de la unión de las mujeres más jóvenes es ligeramente mayor en comparación con las de 30 a 39 y a partir del octavo año (U_8) también es mayor que las de 40 a 49 años.

En el caso de los varones las diferencias en la intensidad de la unión entre generaciones no es tan marcada como en el caso de las mujeres. Aunque en los primeros dos intervalos (U_0 y U_1) los varones más jóvenes presentan una menor intensidad de unión con respecto a las dos generaciones mayores, esta relación se invierte a partir del segundo año después de la primera relación sexual.

Al comparar a hombres y mujeres vemos que en ambos casos las mayores diferencias en la intensidad de la unión se dan entre el primer y el segundo intervalo (U_0 y U_1) para las tres generaciones. En general la intensidad de unión es mucho menor para los varones que para las mujeres, basta señalar que al final del intervalo que inicia dos años después de la primera relación sexual (U_2) mientras el 77 por ciento de las mujeres de 20 a 29 años ya estaban unidas, sólo el 25 por ciento de los varones de esta misma edad se encontraban en la misma situación. No obstante un resultado interesante es que las diferencias entre hombres y mujeres tiende a disminuir conforme más joven es la cohorte en casi todos los intervalos.

Grafica 1

Probabilidad acumulada de unión a diferentes intervalos de tiempo por cohortes



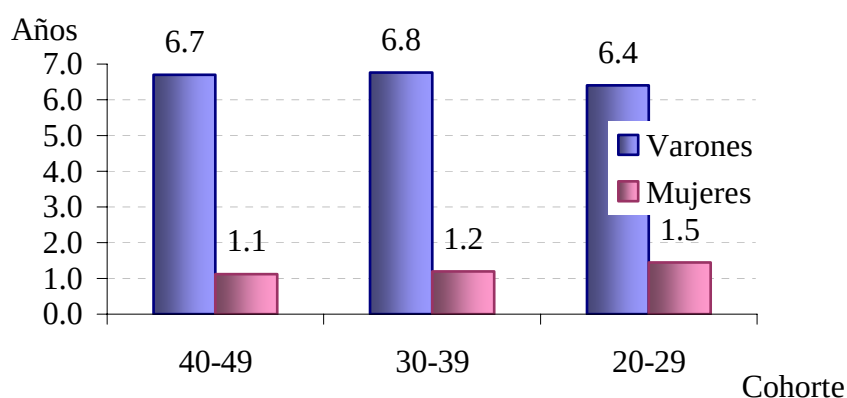
Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

Un análisis gráfico de las probabilidades acumuladas a diferentes intervalos de tiempo muestra, en el caso de las mujeres, un gran cambio en la intensidad de la unión entre el intervalo U_0 y el U_1 similar en las tres generaciones. En el caso de los varones los cambios no son tan drásticos de un intervalo a otro (Gráfica 1). Hasta el intervalo U_3 la tendencia para las mujeres es la misma: menor probabilidad de unión mientras más joven es la cohorte pero sin grandes diferencias entre las dos mayores. En los tres últimos intervalos (U_4 , U_5 y U_{10}) la probabilidad de unión es prácticamente igual para las cohortes de 20 a 29 y 40 a 49; y ligeramente menor para la cohorte de 30 a 39 años.

Como ya se mencionó, la probabilidad de unión de los varones es mucho menor que las mujeres. Incluso en el intervalo U_{10} la intensidad de la unión no alcanza el nivel que presentan las mujeres al final del intervalo U_3 . No se observan grandes diferencias entre las distintas cohortes de los varones en los primeros intervalos (U_0 y U_1). No obstante, a partir de U_2 hay un aumento en la intensidad de unión de la cohorte más joven. Lo anterior indica que, en un mismo intervalo, los varones jóvenes se están uniendo con mayor intensidad que los varones de la cohorte precedente.

Gráfica 2

Mediana del intervalo de años entre la primera relación sexual y la primera unión



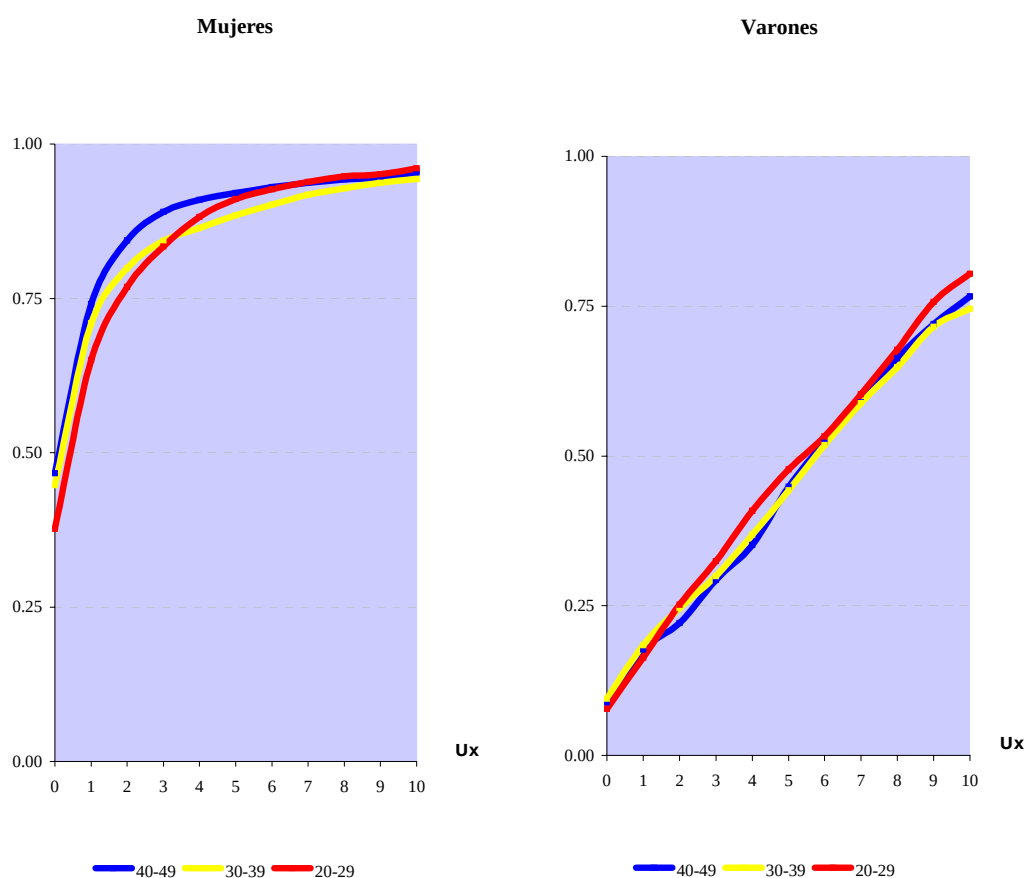
Fuente: Elaboración propia con datos de la ENSARE, 1998.

Al referirnos al calendario de la primera unión a partir de la primera relación sexual, la mediana del intervalo de años entre la primera relación sexual y la primera unión aumenta en la medida en que la generación de las mujeres es más joven (Gráfica 2). Sin embargo, el espaciamiento entre la primera relación sexual y la entrada en unión conyugal es muy corto para las tres cohortes de mujeres estudiadas. En el caso de los varones, ellos tienden a unirse mucho más tarde que las mujeres después de su primera relación sexual. Pero los varones jóvenes están acortando ligeramente el espaciamiento entre la primera relación sexual y la primera unión.

Un año y medio después de la primera relación sexual, el 50% de las mujeres de 20 a 29 años había experimentado la primera unión conyugal. Por su parte, la mitad de las mujeres de 30 a 39 años se había unido 1.2 años después de la primera relación sexual; mientras que 1.1 años después de la primera relación sexual, el 50% de las mujeres de 40 a 49 años se había unido conyugalmente. En el caso de los varones, vemos que 6.4 años después de la primera relación sexual, el 50% de los varones de 20 a 29 años había experimentado la primera unión conyugal. Por su parte, a la mitad de los varones de 30 a 39 les tomó 6.8 años unirse después de la primera relación sexual. Finalmente, 6.7 años después de la primera relación sexual, ya se habían unido el 50% de los varones de 40 a 49 años. Prácticamente no hay cambio entre una y otra cohorte.

Gráfica 3

Probabilidad acumulada del intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión



Fuente: Ensare 1998.

Volviendo con la intensidad de la unión en diferentes momentos del tiempo, en la Gráfica 3 se muestran claramente aumentos en la probabilidad de unirse conforme avanza el tiempo después de la primera relación sexual. Pero en esta gráfica se observan diferencias en el patrón de intensidad de unión de ambos sexos que manifiestan diferencias de género muy profundas.

Alrededor de una de cada cuatro mujeres de 20-29 años se había unido al final del intervalo U_2 , es decir, aproximadamente 2.8 años después de la primera relación sexual. En el caso de una de cada cuatro mujeres de 30 a 39 años, la unión sucedió 2.4 años después de su primera relación sexual. Mientras tanto, una de cada 4 mujeres de 40 a 49 años se había unido exactamente al inicio del intervalo U_2 , es decir, 2 años después de iniciada la actividad sexual. Por lo tanto, a las mujeres más jóvenes les ha llevado un poco de más tiempo unirse después de la primera relación sexual. Por su parte uno de cada cuatro varones de 30 a 39 años y 40 a 49 años se unió 10.5 años después de su primera relación, mientras que a uno de cada cuatro varones de la cohorte más joven le llevo un poco menos de tiempo, es decir 9.9 años. Los varones jóvenes se están uniendo antes que los mayores.

Al analizar los resultados de la TV cabe señalar que se asume que las probabilidades del evento terminal (primera unión) dependen sólo del tiempo transcurrido después del evento inicial (primera relación sexual). Esto significa que no se distingue entre los casos que entraron en observación en diferentes momentos del tiempo. Es decir, no se hace diferencia entre individuos que iniciaron su vida sexual a diferente edad. Vale decir que a diferencia de una TV convencional, donde toda la población origen ha vivido el momento inicial, en nuestro caso el evento inicial (primera relación sexual) puede haber ocurrido en cualquier momento. Por esta razón en la siguiente aproximación consideramos el momento en que ocurre este evento. Así, la primera relación sexual se definirá como una variable que depende del tiempo (Time-Dependent-Covariate) y veremos como ésta y otras variables se asocian al tiempo en el que ocurre la primera unión conyugal. El método de análisis de supervivencia (Survival Analysis) que emplearemos a continuación permite, al igual que la TV, que los casos que no han experimentado el evento terminal (casos truncados) contribuyan al cálculo de las probabilidades, pero además nos permite incluir variables asociadas a la ocurrencia en el tiempo de nuestra variable terminal, es decir, de la primera unión.

V. Segunda aproximación al estudio de la disociación entre el inicio de la vida sexual y la unión conyugal en México: Modelo de Riesgos Proporcionales.

La segunda aproximación al estudio de la disociación entre la vida sexual y conyugal consiste en la construcción de un modelo de riesgos proporcionales (PHM¹⁷) donde la edad a la primera unión representa el tiempo de supervivencia¹⁸ (T). Este método permitirá investigar la relación entre la edad a la primera unión y algunos posibles factores explicativos como la primera relación sexual y el nivel escolaridad. Se estima un modelo separado para hombres y mujeres para ver el efecto diferencial de las variables asociadas a la primera unión para cada uno de ellos. Así, la intención que guía esta segunda aproximación es saber cómo influye la edad a la primera relación sexual y la pertenencia a cierta cohorte de nacimiento sobre la edad a la primera unión. También se considera la influencia de otras variables como el nivel de escolaridad y la existencia de un embarazo previo al momento de la unión. Se intenta probar dos hipótesis: la primera postula que a mayor edad a la primera relación sexual mayor es el riesgo relativo de unión; y en la segunda hipótesis se asume que cuanto más joven son las generaciones, mayor es la postergación de la primera unión.

1. Fuente de datos y población en estudio

Una vez más se empleará la ENSARE como fuente de datos. Entre las ventajas que ofrece la encuesta para esta segunda aproximación es que el IMSS es el principal proveedor de métodos anticonceptivos. En 1995 el cubría el 44% de la demanda de estos servicios (Gómez de León, 1996). En 1997 el porcentaje de mujeres usuarias de métodos anticonceptivos que obtuvieron el método en el IMSS fue de 53.3% (INEGI, 1997). Para 1998, la proporción relativa de esterilización, a través del método de oclusión tubaria bilateral (OTB) era de 51.1% (IMSS, 2000a). Así, nuestra población en estudio tiene amplio accesos al uso de estos servicios, de manera que es posible ejercer la sexualidad sin el riesgo de un embarazo no deseado antes de ingresar en unión conyugal y después de ésta. En este estudio consideramos a todas las mujeres de 12 a 54 años de edad y todos los varones de 12 a 59 años que reportaron su estatus sexual y

¹⁷ Por sus siglas en inglés: Proportional Hazard Model (Lee, 1992; Kleinbaum, 1996; Le, 1997).

¹⁸ En inglés: Survival Time. Para una definición más amplia de (T) y los tipos de truncamiento (censoring) ver Lee, 1992.

conyugal, sin importar que hubieran tenido o no su primera relación sexual o su primera unión cuando fueron entrevistadas. En el caso de las mujeres contamos con 4,911 casos y en el caso de los varones con 2,852 casos. Es decir, de un universo restringido a la población que hubiera experimentado la primera relación sexual para la construcción de la TV, pasamos a un conjunto más amplio del total de la población entrevistada.

2. Metodología

En esta segunda aproximación deseamos evaluar el impacto de diferentes variables sobre la edad a la primera unión a través de un modelo de riesgos proporcionales (PHM). Al igual que la TV, el PHM es un método que permite modelar el tiempo de ocurrencia de un evento con la presencia de casos truncados. Sin embargo, el PHM nos proporciona, además, la estimación de coeficientes para cada variable asociada a nuestro evento de interés. El PHM expresa una relación log-lineal entre un grupo de variables (X) y la función de riesgo (HF^{19}) del tiempo de supervivencia (Le, 1997). La función de riesgo es conocida como la tasa condicional de falla, es una estimación del potencial de falla (ocurrencia de la unión) por unidad de tiempo en un instante particular, dado por los casos que han sobrevivido hasta ese instante. Una alta función de riesgo indicaría una alta tasa de unión. No es una probabilidad, por lo que puede ser mayor que 1, puede tomar valores desde uno hasta infinito (Lee, 1992). En este caso puede interpretarse como la probabilidad de que la unión suceda durante determinado edad dado que la persona ha permanecido soltera a esa edad exacta (número de uniones en la edad x entre el total de personas que llegan solteras a la edad x). La función de riesgo (HF) acumulada está relacionada con la función de supervivencia (SF) puede ser derivada de ésta. La SF es una estimación de la probabilidad de sobrevivir a la unión después de un tiempo específico.

En el modelo de Cox, una manera más simple para determinar la influencia de algunas variables sobre la unión es a través de la función de riesgo:

$$h(t) = [h_0(t)]e^{(BX)}$$

¹⁹ Por sus siglas en ingles: Hazard Function (Lee, 1992; Kleinbaum, 1996; Le, 1997).

X representa en este ejemplo, el efecto de la educación sobre la edad a la primera unión:

X es una variable dicotómica que toma valor de cero cuando la persona tiene hasta primaria completa y 1 cuando la persona tiene de uno a tres años de secundaria.

B es el coeficiente de regresión; es interpretado como el cambio esperado en el logaritmo de riesgo por cada unidad de incremento en la variable X.

e se basa en el logaritmo natural 2.718

h₀(t) es la base de la función de riesgo cuando X es cero, (el riesgo esperado con educación hasta primaria completa).

El riesgo de unión esperado para un caso particular con la condición X (1) es igual al riesgo de unión sin la condición X (0) multiplicado por **e** elevada a la potencia (BX). Es decir, el riesgo esperado de unión para una persona que tiene un año de secundaria o más **h(t)**, es igual al riesgo esperado de unión en una persona que tiene hasta primaria completa **h₀(t)** multiplicado por **e** elevado a la potencia BX. X toma el valor de cero para al menos primaria completa y 1 para un año de secundaria o más. El coeficiente de B se estima maximizando la probabilidad parcial.

Despejando la ecuación de la siguiente manera:

$$h(t) / h_0(t) = e^{(BX)}$$

h(t) / h₀(t) expresa la razón de riesgo o razón de momios. Indica el incremento del riesgo ocurrido por la aplicación de una condición (tener un años de secundaria o más).

Si se aplica el logaritmo natural en ambos lados de la ecuación el resultado es

$$\ln [h(t) / h_0(t)] = BX$$

ln [h(t) / h₀(t)] es el logaritmo de la razón de momios y puede ser utilizada para comparar el riesgo relativo de unión para personas con menor y mayor escolaridad. Si el logaritmo de la razón de momios se iguala a Y, entonces

$$Y=BX.$$

Muy parecida a la ecuación de la regresión lineal simple.

El exponente de Beta **Exp(B)** representa a $e^{(B)}$ de nuestra ecuación. Es el riesgo relativo, es decir, la razón de riesgo con $X=0$ comparado con el riesgo de $X=1$. La razón de riesgo de unión con hasta primaria completa comparada con el riesgo de unión teniendo uno a tres años de secundaria o mas. Un valor negativo en el coeficiente de regresión significa que mientras el valor de X aumenta el riesgo disminuye. Se espera que la tasa de unión sea menor cuando el estatus educacional sea positivo (1= tener uno a tres años de educación secundaria). Un valor del Exp (B) menor que 1, indica que hay una disminución del riesgo relativo de unión cuando el estatus educacional es positivo (1= tener un año de educación secundaria o más). Un aumento en el riesgo es indicado por un número mayor que 1.

Este método parte de dos supuestos: el primero es que todas las observaciones son independientes. El segundo, llamado supuesto de proporcionalidad del riesgo, asume que la tasa de riesgo (HR^{20}) es continua a través del tiempo. La tasa de riesgo es el riesgo relativo asociado a una condición vs. la ausencia de dicha condición. Por ejemplo, el riesgo relativo asociado a una estatus sexual positivo, definido por haber experimentado la primera relación sexual, en comparación con un estatus sexual negativo.

Si, como en nuestro caso, los individuos que estudiamos asumen distintas características en distintos momentos de su curso de vida, como es el caso del estatus sexual, el valor de dicha variables puede cambiar en el transcurso del tiempo. En este caso, la tasa de riesgo (HR) también cambia a través del tiempo, por lo que es necesario emplear un PHM que nos permita especificar variables dependientes del tiempo (TDC²¹). Una Time-dependent Covariate, a diferencia de una variable fija o constante a través del tiempo, se define como tal cuando la diferencia en el valor de la variable de dos casos distintos puede cambiar en el tiempo (Le, 1997)

²⁰ Por sus siglas en ingles: Hazard Rate.

²¹ Por sus siglas en ingles: Time-Dependent-Covariate (Lee, 1992; Kleinbaum, 1996; Le, 1997).

Un modelo de riesgos proporcionales implica que el efecto de una variable sobre el riesgo relativo es constante a través del tiempo, por lo que éste no puede utilizarse para determinar la importancia del inicio de la vida sexual sobre la primera unión conyugal. Pero es posible crear una TDC, y esta puede ser usada para adecuar un modelo con riesgos no proporcionales donde el tiempo es incluido como predictor. En este tipo de modelos la función de riesgo es libre de variar con el tiempo.

$$h(t) = [h_0(t)]e^{(B_1 X_1 + B_2 X_1 * T_COV_)}$$

Donde B_2 es el coeficiente de la variable compuesta por el producto de X_1 con la variable llamada $T_COV_$. (Cox y Oakes, 1984)

Una variable dependiente del tiempo segmentada es aquella que intrínsecamente varía con el tiempo. En nuestro caso deseamos observar qué efecto tiene sobre la edad a la primera unión la edad a la primera relación sexual. (Ser una persona sexualmente activa, el estatus sexual del individuo)

a) Construcción del Modelo de Riesgos (PHM)

Variable dependiente:

La variable dependiente es la edad a la primera unión (T)²². Esta variable se define en términos del estatus conyugal de la persona, que consiste en una variable dicotómica que toma el valor de 1 cuando la persona está unida y 0 cuando no lo está. Cuando el estatus conyugal es positivo, se indica que el evento terminal ha ocurrido, entonces la variable dependiente asume el valor de la edad a la primera unión; y cuando el estatus conyugal es negativo, la edad a la primera unión es igual a la edad de la persona al momento de la entrevista (caso truncado).

Variables asociadas:

1. Edad a la primera relación sexual: Dado que una persona puede pasar de un estatus sexual negativo a uno positivo en el transcurso del tiempo, la edad a la primera relación sexual

²² El PHM utiliza como variable dependiente la Función de Riesgo (HF) de T.

(T_C) es una variable que depende del tiempo. El cambio de un estatus a otro se da a la edad en que ocurre la primera relación sexual

2. Edad: se analiza el efecto de pertenecer al grupo de edad de 12-19, 30-39, 40-49 y 50 y más años de edad al momento de la encuesta. Se utiliza al grupo de 20 a 29 años como categoría de referencia.
3. Escolaridad. Se analiza el efecto de tener de uno a tres años de secundaria, de uno a tres años de preparatoria y un año profesional o más con respecto a tener sólo hasta primaria completa.
4. Embarazo en la primera unión. Se analiza el efecto de que la mujer estuviera embarazada cuando se unió por primera vez (o la pareja en el caso de los varones).

Cabe señalar que, este método a diferencia de la TV, además de considerar adecuadamente los casos truncados porque no han vivido todavía la primera unión cuando fueron entrevistados, nos permitirá también incorporar al estudio la experiencia de aquellas personas que todavía no habían tenido su primera relación sexual cuando fueron entrevistadas, es decir, aquellas personas que con la primera técnica fueron eliminadas del estudio por no haber tenido la primera relación sexual. Además, nos permite valorar la importancia de la edad a la que sucede la primera relación sexual sobre la edad a la primera unión, ya que en la primera aproximación, al calcular la SF no hacía diferencia, por ejemplo, entre una mujer que tuvo su primera relación sexual a los 15 años y otra mujer que tuvo su primera relación sexual a los 20 años. En cambio, el PHM permite que al construir una TDC los riesgos relativos de unión cambien a lo largo del tiempo ya que importa el momento en que la persona tuvo su primera relación sexual. Así mismo, permite incorporar variables de control.

Resultados

Cuadro 7. Efecto de diferentes variables sobre la edad a la primera unión de la población derechohabiente del IMSS

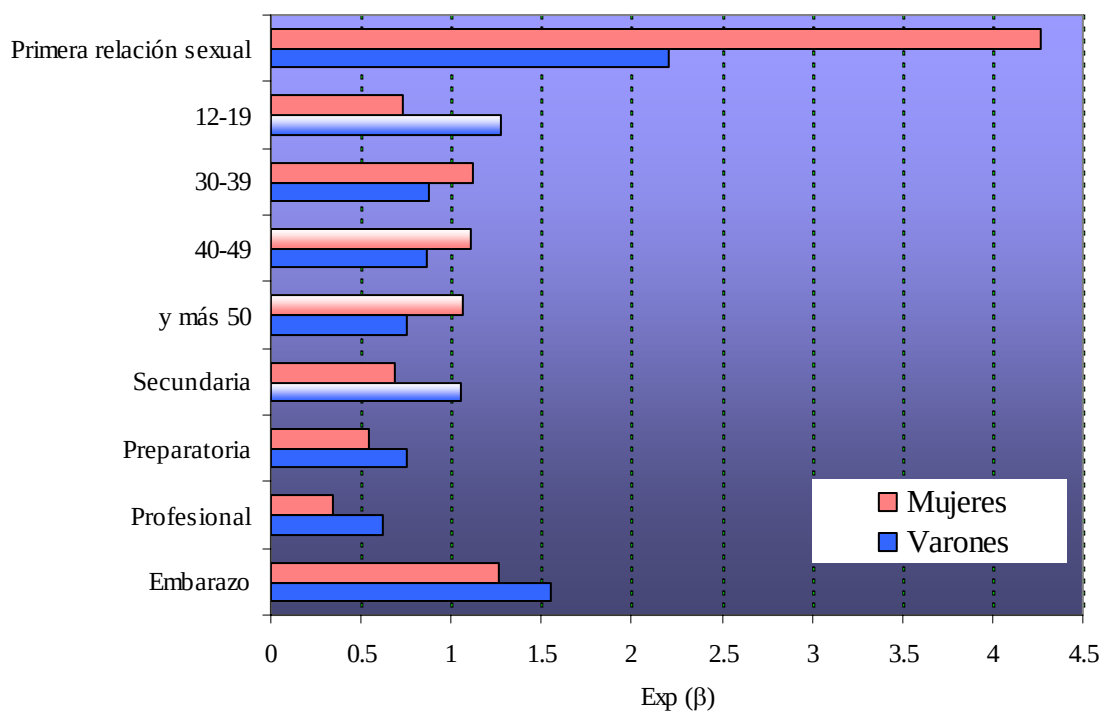
Mujeres			
Variables	β	S.E.	Exp(β)
Primera relación sexual (t)	1.4504	0.0401	4.265***
Variables de Control			
<i>Edad</i>			
12-19	-0.3123	0.1221	0.7318*
20-29			
30-39	0.1081	0.0479	1.1142*
40-49	0.1021	0.0546	1.1075
50 y más	0.0648	0.0765	1.067
<i>Escolaridad</i>			
Primaria			
Secundaria	-0.3694	0.0446	0.6912***
Preparatoria	-0.62	0.0653	0.5379***
Profesional	-1.0648	0.0812	0.3448***
<i>Embarazo al momento de la primera unión</i>			
No estaba embarazada			
Sí estaba embarazada	0.2338	0.053	1.2633***
Varones			
Variables	b	S.E.	Exp(b)
Primera relación sexual (t)	0.7914	0.0736	2.2065***
Variables de Control			
<i>Edad</i>			
12-19	0.2395	0.2207	1.2706
20-29			
30-39	-0.1331	0.0604	0.8754*
40-49	-0.1401	0.0678	0.8693*
50 y más	-0.2777	0.0798	0.7576***
<i>Escolaridad</i>			
Primaria			
Secundaria	0.0565	0.0578	1.0582
Preparatoria	-0.2842	0.0717	0.7526***
Profesional	-0.4831	0.0742	0.6168***
<i>Embarazo al momento de la primera unión</i>			
No estaba embarazada			
Sí estaba embarazada	0.4411	0.0638	1.5545***

*p<.05 **p<.01 ***p<.001

Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

El cuadro 7 muestra los efectos de diferentes variables en la edad a la primera unión. Estos efectos se expresan en el valor de los coeficientes de beta (β) para cada variable. El coeficiente de beta (β) nos proporciona el valor del riesgo relativo en escala logarítmica, por lo que el exponente de beta ($\text{Exp } \beta$) nos facilita la interpretación. Así, $\text{Exp } (\beta)$ representa la razón de momios o el riesgo relativo de exposición en comparación a la no exposición. En la gráfica 4 se muestra, a través de la razón de momios, el efecto de diferentes variables sobre la edad a la primera unión.

Gráfica 4
Efecto de diferentes variables sobre la edad a la primera unión



Fuente: Elaboración Propia con datos de la Ensare, 1998.

Tanto para las mujeres como para los varones la edad a la primera relación sexual tiene un efecto significativo sobre la edad a la primera unión y un coeficiente beta (β) positivo (Cuadro 7), lo que nos indica que la razón de riesgo se incrementa con el tiempo. La razón de momios ($\text{Exp } \beta$) nos permite ver que, por cada año de incremento en la edad a la primera relación sexual, el riesgo

relativo de unión es cuatro veces mayor para una mujer que ha tenido su primera relación sexual en comparación con quien no la ha tenido. El efecto para los varones, como puede verse en la Gráfica 4, es también importante: por cada año de incremento en la edad a la primera relación sexual el riesgo relativo de unión es dos veces mayor para un varón que ha tenido su primera relación sexual en comparación con quien no lo ha tenido.

En cuanto al efecto de la edad (cohorte de nacimiento), vemos que las mujeres entre 12 y 19 años son menos propensas a unirse. Si comparamos este grupo de mujeres con aquellas de 20 a 29 años, el riesgo relativo de las mujeres de 12 a 19 es 26.8% menor que el de las jóvenes de 20 a 29 años. Mientras que el riesgo relativo asociado a tener entre 30 y 39 años es 11% mayor para las mujeres en comparación con aquellas de 20 a 29 años de edad. Pertenecer al grupo de edad de 40 a 49 y 50 y más años no tiene efectos significativos para las mujeres. En el caso de los varones, el grupo de edad de 12 a 19 no tuvo efecto significativo sobre la edad a la primera unión. Para los demás grupos de edad, el riesgo de unión es menor si se pertenece a una generación mayor. El riesgo relativo de unión, asociado a tener entre 30 y 39 y entre 40 y 49 años es, respectivamente, 12.5 y 13.1% menor en comparación a los que tienen entre 20 y 29 años. Si se tiene 50 años o más el riesgo de experimentar la primera unión es 24.2% menor en comparación con el grupo de 20 a 29 años. Caso contrario a las mujeres, para quienes una mayor edad implicaba un mayor riesgo de unión en comparación a las jóvenes de 20 a 29 años, para los varones una mayor edad implica cada vez menor riesgo de unión con respecto a aquellos jóvenes de 20 a 29 años.

Los resultados también nos muestran que contar con mayores niveles de escolaridad representa un menor riesgo de unión en comparación con quienes solo tienen hasta primaria completa o menos; aunque tener entre uno y tres años de secundaria no es significativo para los varones. Cabe señalar que el riesgo relativo de unión disminuye conforme aumenta el nivel de escolaridad. Una mujer que cuenta con uno a tres años de secundaria, se unirá 30.9% más tarde que una que solo tienen hasta primaria completa o menos. Ahora, si alcanzaron el nivel de preparatoria, las mujeres postergarán la unión un 46.2% más con respecto a las mujeres con primaria completa o menos. Finalmente si una mujer tiene un año de educación profesional o más se unirá 65.5% más tarde que las menos escolarizadas. Esto parece indicar que conforme

aumenta el nivel de escolaridad, los sectores urbanos asignan una mayor prioridad a la obtención de ciertos niveles educativos y, por lo tanto, ocurre el retraso en el cumplimiento de eventos demográficos tales como la unión conyugal. Por su parte, para los varones no tuvo efecto significativo el tener entre uno y tres años de secundaria, parece que para ellos el umbral que hace la diferencia en el calendario de la unión, con respecto a los menos escolarizados es la educación media. Un varón que cuenta con uno a tres años de preparatoria postergará la unión 24.7% más que aquel que solo tiene hasta primaria completa, y si tiene un año de educación profesional o mas se unirá aún más tarde, es decir 38.3% después que aquel con menor escolaridad.

Por último el haber estado embarazada al momento de la unión aumenta el riesgo de unión para ambos sexos, pero la intensidad es mayor para los hombres. El estar embarazada aumenta la probabilidad de unión en 26% para las mujeres mientras que para los varones el hecho de que su pareja esté embarazada aumenta la probabilidad de unión en 55% sobre e aquel cuya pareja no lo está al momento de la unión.

En cuanto a la disociación entre la vida sexual y conyugal, el PHM nos permite hacer una aproximación sobre la relación entre el primer encuentro sexual y la primera unión conyugal. En este sentido se observó que tanto para las mujeres como para los varones conforme aumenta la edad a al primera relación sexual el riesgo relativo de unión es mucho mayor para aquellos que han tenido su primera relación sexual en comparación con quienes no la han tenido. Pero una vez más se observan diferencias de género. Ya que el riesgo que implica la relación sexual sobre la unión de una mujer es más fuerte que el que implica para el varón.

Conclusiones

El hecho de encontrarnos en un contexto de baja mortalidad y fecundidad permite afirmar que nos encontramos en una etapa avanzada de la transición demográfica. A la luz de este nuevo régimen demográfico, intentamos hacer evidente de forma empírica el progreso en México de alguna de las características de la Segunda Transición Demográfica. En este sentido, exploramos las transformaciones en el ámbito del ejercicio de la sexualidad antes de ingresar a la unión conyugal y la postergación de la unión o aumento de la edad a la primera unión.

Nos preguntamos si en el contexto urbano mexicano se está dando una mayor disociación entre el inicio de la vida sexual y conyugal de los varones y las mujeres jóvenes. La primera hipótesis apuntaba que los varones urbanos en México presentan una mayor disociación entre la vida sexual y conyugal que las mujeres. Esta afirmación pudo corroborarse al observar que la intensidad de la unión por intervalos de tiempo después de la primera relación sexual es mucho menor para los varones que para las mujeres. Incluso en el intervalo que inicia 10 años después de la primera relación sexual, la intensidad de la unión de los varones no alcanza el nivel que presentan las mujeres casi 4 años después de su primera relación sexual (Gráfica 1). Por su parte, la estimación de la probabilidad acumulada de unión en distintos intervalos entre los dos eventos estudiados permitió observar diferencias en el patrón de intensidad y calendario de unión de ambos sexos que manifiestan diferencias de género muy profundas, aunque las diferencias intergeneracionales nos son tan evidentes (Gráfica 3).

Uno de los principales conceptos que las conferencias de El Cairo y Beijing pusieron de relieve en la década de los ochenta y noventa fue la perspectiva de género, la cual es útil para explicar las diferencias en el comportamiento de hombres y mujeres en distintos ámbitos de la vida. El género, como construcción social, se refiere a las relaciones sociales y a los roles que mujeres y hombres desempeñan dentro de su sociedad. Los resultados mostrados en este trabajo se enmarcan en la perspectiva de género. Esta permite entender las desigualdades de poder entre mujeres y hombres construidas socialmente a partir de la diferencia sexual, anatómica y fisiológica. Existen cuatro ejes en función de los cuáles se definen las relaciones sociales y los significados simbólicos de ser hombre o mujer: sexualidad, reproducción, división sexual del

trabajo y ámbito público o /y ciudadanía (Watkins, 1993). “Los sistemas género-sexo son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general a la interacción entre las personas” (De Barbieri, 1992:151).

La segunda hipótesis señalaba que cuanto más jóvenes son las generaciones se presenta una mayor disociación entre la vida sexual y conyugal, sobre todo en el caso de las mujeres. Al respecto vimos que, a partir de la primera relación sexual y antes del cuarto año a partir de ésta, efectivamente la intensidad de la unión es ligeramente más alta para las cohortes mayores (1949-1958 y 1959-1968), que tenían 40 a 49 y 30 a 39 años al momento de la encuesta, en comparación con la cohorte más joven (1969-1978), que tenía entre 20 y 29 años al momento de la encuesta. Pero las diferencias entre las mujeres de 20 a 29 con respecto a las de 30 a 39 y 40 a 49 tienden a disminuir conforme aumenta el tiempo transcurrido después de la primera experiencia sexual. Los varones también presentan una menor intensidad de unión con respecto a las dos generaciones mayores, al menos en los primeros dos intervalos. Pero esta relación se invierte a partir del segundo año después de la primera relación sexual, de manera que hay una menor intensidad de unión por parte de los varones de mayor edad.

De lo anterior podemos concluir que en todas las generaciones, incluso las más jóvenes, existen grandes diferencias de género en el ejercicio de la sexualidad antes de ingresar a la unión conyugal. Este ejercicio es muy limitado entre las mujeres en comparación con los varones; basta recordar que el 77 por ciento de las mujeres de 20 a 29 años ya estaban unidas antes de cumplir cuatro años después de su primera experiencia sexual y solo el 25 por ciento de los varones de esta misma edad se encontraban en la misma situación. Sin embargo, cabe señalar que las diferencias de intensidad entre hombres y mujeres tienden a disminuir conforme más joven es la cohorte.

Los cambios intergeneracionales observados tanto en mujeres como en varones consisten en un mínimo aumento del ejercicio de la sexualidad antes de ingresar a la unión conyugal, que se refleja en una disminución de la intensidad de la unión solo en los primeros años después de iniciada la vida sexual. A partir del cuarto año los varones jóvenes se unen con mayor intensidad

que los mayores (Gráfica 1). Sobre el calendario de la primera unión a partir de la primera relación sexual, el espaciamiento entre la primera relación sexual y la entrada en unión conyugal es muy corto para las tres cohortes de mujeres estudiadas. En el caso de los varones, ellos tienden a unirse mucho más tarde que las mujeres después de su primera relación sexual. Pero los varones jóvenes se casan un poco antes de los mayores (Gráfica 2).

Otra de las características de la Segunda Transición Demográfica es la postergación del matrimonio. Ha sido documentado que la urbanización, el aumento en la esperanza de vida de la población, el incremento en los niveles de escolaridad, así como la mayor participación femenina en los mercados de trabajo, implican cambios en las ideas y en el comportamiento de los individuos, por ejemplo, respecto al calendario de eventos que marcan transiciones de la juventud a la edad adulta. En este trabajo también se intentó evidenciar de manera empírica la forma en que variables como la pertenencia a cierta generación, la escolaridad, el momento en que inicia la vida sexual, y el embarazo previo a la unión conyugal, afectan la edad a la primera unión. La primera hipótesis al respecto postulaba que a mayor edad a la primera relación sexual mayor sería el riesgo relativo de experimentar la primera unión. Al respecto se encontró que, efectivamente, tanto para las mujeres como para los varones, conforme aumenta la edad a la primera relación sexual aumenta el riesgo de unión. Es decir, que por cada año de incremento en la edad a la primera relación sexual el riesgo relativo de unión es cuatro veces mayor para una mujer que ha tenido su primera relación sexual en comparación con quien no la ha tenido, mientras que para los varones por cada año de incremento en la edad a la primera relación sexual el riesgo relativo de unión es dos veces mayor para un varón que ha tenido su primera relación sexual en comparación con quien no lo ha tenido.

En este sentido no hay evidencia suficiente para señalar que existe una disociación entre la vida sexual y conyugal, pues el PHM nos permitió hacer una aproximación sobre la relación entre el primer encuentro sexual y la primera unión conyugal mostrando que tanto para las mujeres como para los varones conforme aumenta la edad a la primera relación sexual el riesgo relativo de unión es mucho mayor para aquellos que han tenido su primera relación sexual en comparación con quienes no la han tenido. Pero una vez más se observan diferencias de género. Ya que el

riesgo que implica la relación sexual sobre la unión de una mujer es más fuerte que el que implica para el varón.

La segunda hipótesis señalaba que cuantos más jóvenes son las generaciones se presentaría una mayor postergación de la primera unión. Tomando como referencia a las mujeres de 20 a 29 años se encontró que las mujeres que tenían entre 12 y 19 años presentan un menor riesgo de unirse, pero no así en el caso de los varones. Si comparamos este grupo de mujeres con aquellas de 20 a 29 años el riesgo relativo de una adolescente es 70% menor. En el caso de los varones, el grupo de edad de 12 a 19 no tuvo efecto significativo sobre la edad a la primera unión. También se encontró que el riesgo relativo de unirse asociado a tener entre 30 y 39 años es 10% mayor para las mujeres en comparación con aquellas de 20 a 29 años de edad. Esto significa que las jóvenes están postergando un poco más la unión, sin embargo los grupos de edad de 40 a 49 y 50 y más no son significativos para las mujeres. En el caso de varones, la relación es inversa en comparación con las mujeres, ya que el riesgo de unión es menor si se pertenece a una generación mayor. El riesgo relativo asociado a tener entre 30 y 39 y entre 40 y 49 años es 80% menor; y si se tiene 50 y más años el riesgo es 70% menor en comparación con el grupo de 20 a 29 años.

Así mismo, nos preguntamos si la postergación de la unión está asociada con un mayor nivel de escolaridad, y si estos factores operan diferencialmente para los varones y las mujeres. Los resultados muestran que contar con mayores niveles de escolaridad representa un menor riesgo de unión en comparación con quienes solo tienen hasta primaria completa o menos. Aunque tener entre uno y tres años de secundaria no resultó significativo para los varones, ya que en su caso la diferencia la marca la preparatoria o una mayor escolaridad. Un varón que cuenta con uno a tres años de preparatoria postergará la unión 24.7% más que aquel que solo tiene hasta primaria completa. Por su parte, para una mujer tener de uno a tres años de secundaria sí marca una diferencia con respecto a quien solo tienen hasta primaria completa o menos, ya que las primeras se unirán 30.8% más tarde con respecto a las segundas; y, si cuenta con uno a tres años de preparatoria, se unirá 46.2% más tarde que una menos escolarizada. Finalmente si una mujer tiene un año de educación profesional o más se unirá 65.5% más tarde. Hay que destacar que, conforme aumenta el nivel de escolaridad, los sectores urbanos asignan una mayor prioridad a la

obtención de ciertos niveles educativos y, por lo tanto, ocurre el retraso en el cumplimiento de eventos demográficos tales como la unión. Esto se aproxima a las afirmaciones acerca de que en el contexto urbano mexicano, se están presentando, de forma incipiente, algunos rasgos de la segunda transición demográfica, con sus respectivas diferencias de género.

Por último, pudimos observar el efecto de haber estado embarazada al momento de la unión. Este hecho aumenta el riesgo de unión para ambos sexos, pero la intensidad es mayor para los hombres. Una mujer embarazada al momento de unirse, se une 20% más rápido que aquella que no estaba embarazada cuando se unió; y un varón, cuya pareja estaba embarazada, se une 50% más rápido que aquel que aún no esperaba un hijo al momento de unirse.

Finalmente, sería interesante, en una próxima investigación sobre este mismo tema, indagar además el efecto del uso de anticonceptivos como herramienta para la disociación entre la vida sexual y conyugal en México, ya que, como afirman algunos autores, la autonomía entre la vida sexual y reproductiva gracias a la tecnología anticonceptiva permitió a los jóvenes modificar el calendario de inicio de la vida sexual e implicó una postergación de la edad al casarse. En el momento en que la relación sexual no implica un embarazo, el matrimonio deja de ser el hito de la iniciación sexual para las mujeres y el marco de protección frente al probable embarazo extramarital. Para comprobar dichas hipótesis, la información más adecuada para hacerlo sería aquella que proporcione la historia anticonceptiva de los individuos desde el momento en que comenzaron su uso. Hasta el momento, no contamos con este tipo de información.

Tabla de Vida de la cohorte de 20 a 29 años de edad al momento de la encuesta											
Mujeres											
Tiempo de inicio del Intervalo años (x)	Casos al inicio del intervalo (l _x)	Uniones (d _x)	Casos censados	Pob. efectiva en riesgo	Prob. de unión (q _x)	Prob. de soltero (p _x)	Prob. acum.de sobr. al final de cada intervalo	Prob. acum. de unirse al final de cada intervalo (U _x)	Prob. al final de cada intervalo (L _x)	Pob. acum. por toda la cohorte (T _x)	Esp. (e _x)
0	907	341	5	904.5	0.3770	0.6230	0.6230	0.3770	729.75	1826.25	2.02
1	561	243	12	555	0.4378	0.5622	0.3502	0.6498	426.75	1096.50	1.98
2	306	101	15	298.5	0.3384	0.6616	0.2317	0.7683	241.25	669.75	2.24
3	190	52	12	184	0.2826	0.7174	0.1662	0.8338	152.75	428.50	2.33
4	126	35	9	121.5	0.2881	0.7119	0.1183	0.8817	99.50	275.75	2.27
5	82	19	9	77.5	0.2452	0.7548	0.0893	0.9107	63.50	176.25	2.27
6	54	9	9	49.5	0.1818	0.8182	0.0731	0.9269	40.50	112.75	2.28
7	36	5	9	31.5	0.1587	0.8413	0.0615	0.9385	26.00	72.25	2.29
8	22	3	3	20.5	0.1463	0.8537	0.0525	0.9475	17.50	46.25	2.26
9	16	1	3	14.5	0.0690	0.9310	0.0489	0.9511	12.50	28.75	1.98
10	12	2	3	10.5	0.1905	0.8095	0.0396	0.9604	8.50	16.25	1.55
11	7	1	1	6.5	0.1538	0.8462	0.0335	0.9665	5.00	7.75	1.19
12	5	1	3	3.5	0.2857	0.7143	0.0239	0.9761	2.25	2.75	0.79
13	1	1	0	1	1	0	0	1	0.50	0.50	0.50

Tabla de Vida de la cohorte de 30 a 39 años de edad al momento de la encuesta											
Mujeres											
Tiempo de inicio del Intervalo años (x)	Casos al inicio del intervalo (I _x)	Uniones (d _x)	Casos censados	Pob. efectiva en riesgo	Prob. de unión (q _x)	Prob. de soltero (p _x)	Prob. acum.de sobr. al final de cada intervalo	Prob. acum. de unirse al final de cada intervalo (U _x)	Prob. al final de cada intervalo (L _x)	Pob. acum. por toda la cohorte (T _x)	Esp. (e _x)
0	950	425	0	950	0.4474	0.5526	0.5526	0.4474	737.25	2225.00	2.34
1	525	249	1	524.5	0.4747	0.5253	0.2903	0.7097	399.00	1487.75	2.84
2	275	84	3	273.5	0.3071	0.6929	0.2011	0.7989	230.25	1088.75	3.98
3	188	41	2	187	0.2193	0.7807	0.1570	0.8430	164.75	858.50	4.59
4	145	19	5	142.5	0.1333	0.8667	0.1361	0.8639	131.00	693.75	4.87
5	121	18	3	119.5	0.1506	0.8494	0.1156	0.8844	108.75	562.75	4.71
6	100	15	4	98	0.1531	0.8469	0.0979	0.9021	89.25	454.00	4.63
7	81	13	1	80.5	0.1615	0.8385	0.0821	0.9179	72.75	364.75	4.53
8	67	8	4	65	0.1231	0.8769	0.0720	0.9280	59.50	292.00	4.49
9	55	7	2	54	0.1296	0.8704	0.0627	0.9373	49.25	232.50	4.31
10	46	4	3	44.5	0.0899	0.9101	0.0570	0.9430	41.50	183.25	4.12
11	39	5	1	38.5	0.1299	0.8701	0.0496	0.9504	35.00	141.75	3.68
12	33	2	3	31.5	0.0635	0.9365	0.0465	0.9535	29.25	106.75	3.39
13	28	4	2	27	0.1481	0.8519	0.0396	0.9604	23.50	77.50	2.87
14	22	3	4	20	0.1500	0.8500	0.0336	0.9664	17.00	54.00	2.70
15	15	1	2	14	0.0714	0.9286	0.0312	0.9688	12.50	37.00	2.64
16	12	2	2	11	0.1818	0.8182	0.0256	0.9744	9.25	24.50	2.23
17	8	0	1	7.5	0.0000	1.0000	0.0256	0.9744	6.75	15.25	2.03
18	7	0	2	6	0.0000	1.0000	0.0256	0.9744	5.00	8.50	1.42
19	5	0	2	4	0.0000	1.0000	0.0256	0.9744	2.75	3.50	0.88
20	3	0	3	1.5	0.0000	1.0000	0.0256	0.9744	0.75	0.75	0.50

Tabla de Vida de la cohorte de 40 a 49 años de edad al momento de la encuesta

Mujeres

Tiempo de inicio del Intervalo años (x)	Casos al inicio del intervalo (l_x)	Uniones (d_x)	Casos censados	Pob. efectiva en riesgo	Prob. de unión (q_x)	Prob. de soltero (p_x)	Prob. acum. de sobr. al final de cada intervalo	Prob. acum. de unirse al final de cada intervalo (U_x)	Prob. al final de cada intervalo (L_x)	Pob. acum. por toda la cohorte (T_x)	Esp. (e_x)
0	728	340	0	728	0.4670	0.5330	0.5330	0.4670	558.00	1626.50	2.23
1	388	199	0	388	0.5129	0.4871	0.2596	0.7404	288.50	1068.50	2.75
2	189	75	0	189	0.3968	0.6032	0.1566	0.8434	151.50	780.00	4.13
3	114	34	0	114	0.2982	0.7018	0.1099	0.8901	97.00	628.50	5.51
4	80	14	0	80	0.1750	0.8250	0.0907	0.9093	73.00	531.50	6.64
5	66	8	0	66	0.1212	0.8788	0.0797	0.9203	62.00	458.50	6.95
6	58	7	0	58	0.1207	0.8793	0.0701	0.9299	54.50	396.50	6.84
7	51	5	0	51	0.0980	0.9020	0.0632	0.9368	48.50	342.00	6.71
8	46	4	0	46	0.0870	0.9130	0.0577	0.9423	44.00	293.50	6.38
9	42	3	0	42	0.0714	0.9286	0.0536	0.9464	40.00	249.50	5.94
10	39	5	2	38	0.1316	0.8684	0.0465	0.9535	35.00	209.50	5.51
11	32	5	0	32	0.1563	0.8438	0.0393	0.9607	29.25	174.50	5.45
12	27	2	1	26.5	0.0755	0.9245	0.0363	0.9637	25.25	145.25	5.48
13	24	1	0	24	0.0417	0.9583	0.0348	0.9652	23.50	120.00	5.00
14	23	1	0	23	0.0435	0.9565	0.0333	0.9667	22.25	96.50	4.20
15	22	3	1	21.5	0.1395	0.8605	0.0286	0.9714	19.50	74.25	3.45
16	18	2	1	17.5	0.1143	0.8857	0.0254	0.9746	16.25	54.75	3.13
17	15	1	0	15	0.0667	0.9333	0.0237	0.9763	14.25	38.50	2.57
18	14	1	1	13.5	0.0741	0.9259	0.0219	0.9781	12.50	24.25	1.80
19	12	0	1	11.5	0.0000	1.0000	0.0219	0.9781	8.75	11.75	1.02
20	11	1	10	6	0.1667	0.8333	0.0183	0.9817	3.00	3.00	0.50

Tabla de Vida de la cohorte de 20 a 29 años de edad al momento de la encuesta
Varones

Inicio del Intervalo años (x)	Casos al inicio del intervalo (L _x)	Uniones (d _x)	Casos censados	Pob. efectiva en riesgo	Prob. de unión (q _x)	Prob. de soltero (p _x)	Prob. acum.de sobr. al final de cada intervalo	Prob. acum. de unirse al final de cada intervalo (U _x)	Prob. al final de cada intervalo (L _x)	Pob. acum. por toda la cohorte (T _x)	Esp. (e _x)
0	749	58	6	746	0.0777	0.9223	0.9223	0.0777	713.75	3993.50	5.35
1	685	63	7	681.5	0.0924	0.9076	0.8370	0.1630	643.75	3279.75	4.81
2	615	64	18	606	0.1056	0.8944	0.7486	0.2514	565.00	2636.00	4.35
3	533	51	18	524	0.0973	0.9027	0.6757	0.3243	487.50	2071.00	3.95
4	464	56	26	451	0.1242	0.8758	0.5918	0.4082	409.00	1583.50	3.51
5	382	43	30	367	0.1172	0.8828	0.5225	0.4775	331.75	1174.50	3.20
6	309	31	25	296.5	0.1046	0.8954	0.4679	0.5321	267.50	842.75	2.84
7	253	36	29	238.5	0.1509	0.8491	0.3972	0.6028	207.25	575.25	2.41
8	188	33	24	176	0.1875	0.8125	0.3228	0.6772	146.50	368.00	2.09
9	131	29	28	117	0.2479	0.7521	0.2428	0.7572	92.25	221.50	1.89
10	74	13	13	67.5	0.1926	0.8074	0.1960	0.8040	54.50	129.25	1.91
11	48	7	13	41.5	0.1687	0.8313	0.1629	0.8371	33.25	74.75	1.80
12	28	8	6	25	0.3200	0.6800	0.1108	0.8892	18.75	41.50	1.66
13	14	1	3	12.5	0.0800	0.9200	0.1019	0.8981	10.75	22.75	1.82
14	10	4	2	9	0.4444	0.5556	0.0566	0.9434	6.25	12.00	1.33
15	4	1	1	3.5	0.2857	0.7143	0.0405	0.9595	2.75	5.75	1.64
16	2	1	0	2	0.5000	0.5000	0.0202	0.9798	1.50	3.00	1.50
17	1	0	0	1	0.0000	1.0000	0.0202	0.9798	1.00	1.50	1.50
18	1	1	0	1	1	0	0	1.0000	0.50	0.50	0.50

Tabla de Vida de la cohorte de 30 a 39 años de edad al momento de la encuesta
Varones

Inicio del Intervalo años (x)	Casos al inicio del intervalo (l _x)	Uniones (d _x)	Casos censados	Pob. efectiva en riesgo	Prob. de unión (q _x)	Prob. de soltero (p _x)	Prob. acum.de sobr. al final de cada intervalo	Prob. acum. de unirse al final de cada intervalo (U _x)	Prob. al final de cada intervalo (L _x)	Pob. acum. por toda la cohorte (T _x)	Esp. (e _x)
0	719	68	0	719	0.0946	0.9054	0.9054	0.0946	685.00	5354.50	7.45
1	651	64	0	651	0.0983	0.9017	0.8164	0.1836	618.75	4669.50	7.17
2	587	45	1	586.5	0.0767	0.9233	0.7538	0.2462	563.75	4050.75	6.91
3	541	38	0	541	0.0702	0.9298	0.7008	0.2992	522.00	3487.00	6.45
4	503	50	0	503	0.0994	0.9006	0.6312	0.3688	478.00	2965.00	5.89
5	453	53	0	453	0.117	0.883	0.5573	0.4427	426.25	2487.00	5.49
6	400	54	1	399.5	0.1352	0.8648	0.482	0.5180	372.25	2060.75	5.16
7	345	50	0	345	0.1449	0.8551	0.4121	0.5879	319.75	1688.50	4.89
8	295	43	1	294.5	0.146	0.854	0.352	0.6480	272.25	1368.75	4.65
9	251	48	2	250	0.192	0.808	0.2844	0.7156	224.75	1096.50	4.39
10	201	21	3	199.5	0.1053	0.8947	0.2544	0.7456	187.00	871.75	4.37
11	177	29	5	174.5	0.1662	0.8338	0.2122	0.7878	158.00	684.75	3.92
12	143	21	3	141.5	0.1484	0.8516	0.1807	0.8193	128.75	526.75	3.72
13	119	12	6	116	0.1034	0.8966	0.162	0.838	106.75	398.00	3.43
14	101	14	7	97.5	0.1436	0.8564	0.1387	0.8613	86.75	291.25	2.99
15	80	19	8	76	0.25	0.75	0.104	0.8960	63.25	204.50	2.69
16	53	6	5	50.5	0.1188	0.8812	0.0917	0.9083	46.00	141.25	2.80
17	42	4	1	41.5	0.0964	0.9036	0.0828	0.9172	38.75	95.25	2.30
18	37	6	2	36	0.1667	0.8333	0.069	0.9310	31.00	56.50	1.57
19	29	5	6	26	0.1923	0.8077	0.0558	0.9442	19.25	25.50	0.98
20	18	7	11	12.5	0.56	0.44	0.0245	0.9755	6.25	6.25	0.50

Tabla de Vida de la cohorte de 40 a 49 años de edad al momento de la encuesta

Varones

Inicio del Intervalo años (x)	Casos al inicio del intervalo (l _x)	Uniones (d _x)	Casos censados	Pob. efectiva en riesgo	Prob. de unión (q _x)	Prob. de soltero (p _x)	Prob. acum.de sobr. al final de cada intervalo	Prob. acum. de unirse al final de cada intervalo (U _x)	Prob. al final de cada intervalo (L _x)	Pob. acum. por toda la cohorte (T _x)	Esp. (e _x)
0	475	42	0	475	0.0884	0.9116	0.9116	0.0884	454.00	3680.00	7.75
1	433	42	0	433	0.097	0.903	0.8232	0.1768	412.00	3226.00	7.45
2	391	21	0	391	0.0537	0.9463	0.7789	0.2211	380.50	2814.00	7.20
3	370	34	0	370	0.0919	0.9081	0.7074	0.2926	353.00	2433.50	6.58
4	336	28	0	336	0.0833	0.9167	0.6484	0.3516	322.00	2080.50	6.19
5	308	46	0	308	0.1494	0.8506	0.5516	0.4484	285.00	1758.50	5.71
6	262	35	0	262	0.1336	0.8664	0.4779	0.5221	244.50	1473.50	5.62
7	227	32	0	227	0.141	0.859	0.4105	0.5895	211.00	1229.00	5.41
8	195	35	0	195	0.1795	0.8205	0.3368	0.6632	177.50	1018.00	5.22
9	160	27	0	160	0.1688	0.8313	0.28	0.7200	146.50	840.50	5.25
10	133	22	0	133	0.1654	0.8346	0.2337	0.7663	122.00	694.00	5.22
11	111	13	0	111	0.1171	0.8829	0.2063	0.7937	104.50	572.00	5.15
12	98	19	0	98	0.1939	0.8061	0.1663	0.8337	88.50	467.50	4.77
13	79	8	0	79	0.1013	0.8987	0.1495	0.8505	75.00	379.00	4.80
14	71	6	0	71	0.0845	0.9155	0.1368	0.8632	68.00	304.00	4.28
15	65	13	0	65	0.2	0.8	0.1095	0.8905	58.50	236.00	3.63
16	52	6	0	52	0.1154	0.8846	0.0968	0.9032	49.00	177.50	3.41
17	46	4	0	46	0.087	0.913	0.0884	0.9116	44.00	128.50	2.79
18	42	5	0	42	0.119	0.881	0.0779	0.9221	39.50	84.50	2.01
19	37	3	0	37	0.0811	0.9189	0.0716	0.9284	31.75	45.00	1.22
20	34	19	15	26.5	0.717	0.283	0.0203	0.9797	13.25	13.25	0.50

Estimación del intervalo intercuartil

Mujeres				Varones			
Ux (años)	Edad a la fecha de la entrevista			Ux (años)	Edad a la fecha de la entrevista		
	20-29	30-39	40-49		20-29	30-39	40-49
0	0.377	0.4474	0.467	0	0.0777	0.0946	0.0884
1	0.6498	0.7097	0.7404	1	0.163	0.1836	0.1768
2	0.7683	0.7989	0.8434	2	0.2514	0.2462	0.2211
3	0.8338	0.843	0.8901	3	0.3243	0.2992	0.2926
4	0.8817	0.8639	0.9093	4	0.4082	0.3688	0.3516
5	0.9107	0.8844	0.9203	5	0.4775	0.4427	0.4484
6	0.9269	0.9021	0.9299	6	0.5321	0.518	0.5221
7	0.9385	0.9179	0.9368	7	0.6028	0.5879	0.5895
8	0.9475	0.928	0.9423	8	0.6772	0.648	0.6632
9	0.9511	0.9373	0.9464	9	0.7572	0.7156	0.72
10	0.9604	0.943	0.9535	10	0.804	0.7456	0.7663
Interpolación							
Cuartiles				Cuartiles			
0.25				0.25	2.0	2.1	2.4
Mediana	1.5	1.2	1.1	Mediana	6.4	6.8	6.7
0.75	2.8	2.5	2.1	0.75	9.9	10.5	10.5

Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

Bibliografía

- Ariés, P. (1989), "Para una historia de la vida privada", *Historia de la Vida Privada*, Taurus, Vol. 3, pp. 7-19.
- Blanco, M. (2002), "Trabajo y familia. Entrelazamiento de trayectorias vitales", *Estudios Demográficos y Urbanos*, (51), Vol. 17 Núm. 3, pp. 447-483.
- Bongaarts, J. (1982) "Un marco para el análisis de los determinantes próximos de la fecundidad", *Ensayos sobre población y desarrollo* 3, Bogotá, The Population Council.
- Castro, T. (1997), "Marriages without papers in Latin America", *International Population Conference*, IUSSP.
- CEPAL/CELADE-BID (1996), *Impacto de las Tendencias Demográficas sobre los Sectores Sociales en América Latina*, Santiago, págs. 26 a 29,
- Chackiel, J. (1993), *América Latina y el Caribe: Dinámica de la Población y Desarrollo*, Conferencia Regional Latinoamericana y del Caribe sobre Población y Desarrollo, Santiago de Chile, CELADE.
- Coale, A. J. (1977), *La transición demográfica*, Centro Latinoamericano de Demografía, Celade, Serie D, Núm. 86, Santiago de Chile, 24 pp.
- Consejo Nacional de Población (1999), "La revolución silenciosa: el descenso de la fecundidad en México, 1974-1999", *La Situación Demográfica de México*, México, Conapo.
- Cox R. and D. Oakes (1984), *Analysis of Survival Data*, London: Chapman and Hall.
- Davis, K. y J. Blake (1967), "La estructura social y la fecundidad un sistema analítico", *Factores sociológicos de la fecundidad*, CELADE, El Colegio de México, pp. 155-197.
- De Barbieri, T. (1992), "Sobre la categoría de género: una introducción teórico-metodológica", en Stolke (ed.), *Direitos Repodutivos*, Sao Paulo, Brasil.
- Figuroa, J. (1993), "Algunas reflexiones sobre un ejercicio de investigación sociodemográfica con inquietudes antropológicas", en Juan Guillermo Figuroa (comp.), *El entorno de la regulación de la fecundidad*, México, Secretaría de Salud, pp. 235-375.
- García, B. (2002), "Reflexiones sobre población y sociedad al inicio del siglo XXI", en Brígida García (coord.), *Población y sociedad al inicio del siglo XXI*, México, El Colegio de México, pp. 11-21.
- García B. y O. Rojas (2002), "Cambio en la formación y disoluciones de las uniones en América Latina", *Papeles de Población*, Nueva Época, año 8, núm.32.
- Germani, G. (1968), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, pp. 69-126.
- Gómez de León, José (1996), "Fecundidad y anticoncepción. Tendencias recientes, diferencias y agentes institucionales", *Demos*, núm. 9, pp. 8-10.
- Hajnal, J. (1965), "European marriage patterns in perspective", en: Glass, D.V. and Eversley, D.E.C. (eds.), *Population in History: Essays in historical demography*, London, Edward Arnold, pp. 101-143.
- Instituto Mexicano del Seguro Social (2000a), *Encuesta de Salud Reproductiva con Población Derechohabiente: Documento metodológico*, serie de investigación y evaluación núm. 7, México, IMSS.
- _____ (2000b), *Encuesta de Salud Reproductiva con Población Derechohabiente: Informe de resultados*, serie de investigación y evaluación núm. 8, México, IMSS.
- _____ (2000c), *Encuesta de Salud Reproductiva con Población Derechohabiente: Síntesis ejecutiva*, serie de investigación y evaluación núm. 9, México, IMSS.
- INEG (2001), *XI Censo General de Población y Vivienda, 2000, Tabulados Básicos*. Aguascalientes.
- _____ (1992), *XI Censo General de Población y Vivienda, 1990*, Aguascalientes.
- _____ (1997), *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica*, en Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI), (DE, febrero, 2003: <http://www.inegi.gob.mx/difusion/espanol/fsisesim.html>). El INEGI es el organismo que tiene la responsabilidad de integrar los Sistemas de Información Estadística y Geográfica de México, además de promover y orientar el desarrollo informático en el país.

- Juárez, F., J. Quilodrán y Ma. Cosío (1996), *Nuevas pautas reproductivas en México*, México, El Colegio de México.
- Juárez, F. (1984) "Examen crítico de la técnica de tablas de vida en las tendencias sobre fecundidad: El caso de México", *Demografía y Economía*, XVII: 3, PP. 287-307.
- Le, Chap T. (1997), *Applied Survival Analysis*, USA, A Wiley-Interscience Publication.
- Lerner, S. y A. Quesnel (1994), "Instituciones y reproducción. Hacia una interpretación del papel de las instituciones en la regulación de la fecundidad de México", en Alba, F. y Cabrera, G. *La población en el desarrollo contemporáneo de México*, México, El Colegio de México, pp.85-117.
- Lesthaeghe, R. (1995), "The Second Demographic Transition in Western Countries: An Interpretation", en Karen Oppenheim y An-Magritt Jensen, *Gender and Family Change in Industrialized Countries*, Clarendon Press, Oxford.
- Lesthaeghe, R y K. Neels (2002), "From the First to the Second Demographic Transition - An Interpretation of the Spatial Continuity of Demographic Innovation in France, Belgium and Switzerland", *European Journal of Population*, 18 (4): 325-360.
- Lesthaeghe, R. y J. Surkyn, (2002), "New forms of household formation in central and eastern Europe: are they related to newly emerging value orientations?" In: *Interuniversity Papers in Demography* 2, Bruselas, Kluwer Academic Publishers.
- _____ (2002a), "Value Orientations and the Second Demographic Transition (SDT) in northern, western and southern Europe: an Update", In: *Interuniversity Papers in Demography* 4, Bruselas, Kluwer Academic Publishers.
- Mendenhall, W. (1987), *Introducción a la probabilidad y la estadística*, México, Grupo editorial Iberoamericano. pp. 4 -11.
- Mensch B., S. Singh, y J. Casterline (2003), "Trends in the Timing of First Marriage among Men and Women in the Developing World", *Population Association of America Annual Meeting*, Minneapolis, Minnesota, 1-3 de mayo.
- Murphy, E. y T. Merrick (1997), "¿Elimino El Cairo a la población de las políticas poblacionales?", *Estudios Demográficos y Urbanos*, (24-25), Vol. 12 Núm. 1 y 2, pp. 349-366.
- Notestein, F.W. (1945), "Population-The Long View", en Shultz, T.W. (ed.) *Food for the World*, The University of Chicago Press, pp. 36-57.
- Naciones Unidas (2003) *Informe resumido sobre vigilancia de la población mundial 2003: Población, educación y desarrollo: Informe del Secretario General*, Nueva York, Naciones Unidas.
- Ojeda, N. (1987), *Reflexiones sobre la perspectiva de curso de vida en el análisis del ciclo vital de la familia (Una propuesta de estudio en el caso de México)*, México, UNAM.
- Pedrosa, L. y M. Vallejo (2000), "Entorno social, comportamiento sexual y reproductivo en la primera relación sexual de adolescentes estudiantes de escuelas públicas y privadas", en: *Salud reproductiva y sociedad: resultados de investigación*, México, El Colegio de México.
- Presser, H. (1997), "Demography, feminism, and the science-policy nexus", *Population and Development Review*, 23 (2): 295-331.
- Pressat, R. (2000), *El Análisis Demográfico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Quilodrán, J. y Sosa, M. (2000), "El emparejamiento conyugal: una dimensión poco estudiada de la formación de las parejas" (inédito).
- Quilodrán, J. (2003), "Efectos de la transición demográfica sobre la formación de la familia en México", *Papeles de Población*, Nueva Época, año 9, núm.37, pp.51-82.
- _____ (2001), *Un siglo de matrimonio en México*, México, El Colegio de México.
- _____ (2001a), "L'union libre latinoaméricaine a t-elle changée de nature?", *IUSSP, XXIV General Population Conference*, Brasil, 18-24 agosto.
- _____ (2000), "Atisbos de cambios en la formación de las parejas conyugales a fines del milenio", *Papeles de Población*, Nueva Época, año 6, núm.25, pp.9-23.
- _____ (1991), *Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México*, México, El Colegio de México.

- _____ (1989), “Algunas implicaciones demográficas y sociales de la dinámica de las uniones”, en: Oliveira, O. et al (comp.) *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, El Colegio de México.
- _____ (1989a), “México: diferencias de nupcialidad por regiones y tamaños de localidad”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 1, núm. 2, México, El Colegio de México, pp. 595-613.
- _____ (1985), “Modalités de la Formation et Evolution des Unions en Amérique Latine”, dans IUSSP, *International Population Conference*, Lieja.
- Rojas, O. y S. Lerner, (2001), *Inventario de Encuestas Nacionales sobre Salud Reproductiva: 1990-2000*, México, El Colegio de México.
- Segalen, M. (1997), Antropología histórica de la familia, Capítulo 5: Sociología Histórica del Matrimonio, Madrid, Taurus Universitaria, pp. 102-121.
- Szasz, I. y S. Lerner (2002), “El enfoque de salud reproductiva en el marco del debate sobre población y desarrollo. Aportes de la investigación sociodemográfica”, en Brígida García (coord.), *Población y sociedad al inicio del siglo XXI*, México, El Colegio de México, pp. 157-180.
- Tapinos, G. (1991), *Eléments de démographie. Analyse, determinants socio-économiques et histoire des populations*, París, Armand Colin.
- UNFPA (2003), El Estado de la Población Mundial 2003. (DE, abril, 2004: <http://www.unfpa.org/swp/2003/espanol/ch1/index.htm>) El UNFPA, Fondo de Población de las Naciones Unidas, es la mayor fuente internacional de financiación para programas de población y salud reproductiva en todo el mundo, colabora con gobiernos y organizaciones no gubernamentales en más de 150 países, a solicitud de estos, y con el apoyo de la comunidad internacional.
- Valdés, Luz María (2000), *Población reto del tercer milenio*, México, UNAM, Miguel Ángel Porrua.
- Van de Kaa, D. J. (1997), “Narraciones ancladas: historia y resultados de medio siglo de investigaciones sobre los determinantes de la fecundidad”. *Notas de Población*, núm. 66, Chile, CELADE.
- _____ (1987), “Europe’s second demographic transition”, *Population bulletin*, vol. 42, núm. 1, Population Reference Bureau, N.Y.
- Watkins (1993), “If All We knew About Women Was What We Read in Demography, What Would We Know?”, *Demography*, Vol. 30, Num.4, pp. 551-557.
- Welti, Carlos (1997), “Cambios en la fecundidad”, *Demos*, núm. 10, pp. 16-18.
- Zavala, M. (1992), *Cambios de fecundidad en México y políticas de población*, México, El Colegio de México/ Fondo de Cultura Económica.